

NEWMANIANA

AÑO XXIII - NÚMERO 60

JULIO 2013



Beato John Henry Newman

Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

NEWMANIANA



Año XXIII- N° 60
Julio 2013

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro
Lic. Pablo Marini

Diseño pre prensa

Pm Desarrollos Editoriales

Impresión

Gráfica LAF

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - (1640) Martínez
Pcia. Buenos Aires-República Argentina
www.amigosdenewman.com.ar
fmcavaller@uolsinectis.com.ar

Índice**AÑO DE LA FE**

- Editorial: Newman está citado en la encíclica "Lumen Fidei" 2
- La Eucaristía, sacramento de la fe, en el pensamiento y la vida de Newman 4
- Antología: El "sentido de la fe" en el Pueblo de Dios 8

DOS SERMONES SOBRE SAN PABLO

- El don característico de San Pablo 10
- El don de simpatía de San Pablo 18

ARTÍCULO

- Newman y la Sagrada Escritura 26

POESÍA

- Consolación 34

ARTÍCULO

- El Espíritu Santo y el misterio de la Iglesia en la conversión de Newman 35

- CARTAS** 43

- ORANDO CON NEWMAN** 48

ORACIÓN PARA PEDIR LA CANONIZACIÓN

Padre eterno, Tú llevaste al Beato John Henry Newman por el camino de la luz amable de tu Verdad, para que pudiera ser una luz espiritual en las tinieblas de este mundo, un elocuente predicador del Evangelio y un devoto servidor de la única Iglesia de Cristo.

Confiados en su celestial intercesión, te rogamos por la siguiente intención: [pedir aquí la gracia].

Por su conocimiento de los misterios de la fe, su celo en defender las enseñanzas de la Iglesia, y su amor sacerdotal por sus hijos, elevamos nuestra oración para que pronto sea nombrado entre los Santos.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Newman está citado en la encíclica “Lumen Fidei”

La encíclica sobre la Fe está firmada por el papa Francisco el 29 de junio de 2013, Solemnidad de San Pedro y San Pablo, y fue dada a conocer el pasado 4 de julio. Como sabemos, Su Santidad Benedicto XVI había escrito gran parte del borrador de la misma antes de su renuncia al pontificado. El texto, por lo tanto, tiene como autor, casi en su totalidad al Papa Emérito. El papa Francisco ha introducido algunos párrafos en diferentes lugares del texto, haciendo suyo el resto. La encíclica viene a completar las dos anteriores que el papa Benedicto había escrito: sobre la Caridad (*Deus Caritas est*, del 25 de diciembre de 2005) y sobre la Esperanza (*Spes Salvi*, del 30 de noviembre de 2007), de manera de constituir una reflexión de gran profundidad y sabiduría sobre las tres virtudes teologales, que son el organismo espiritual de la vida cristiana. La nueva encíclica, esperada por muchos, viene a ser como **la mayor y más importante enseñanza del Magisterio en el Año de la Fe**, en cuyo transcurso se inserta apropiadamente.

La encíclica sigue la línea de pensamiento del papa Ratzinger, es decir, una teología bíblica, patristica y litúrgica. Está dividida en cuatro capítulos, que responden a cuatro citas bíblicas. El tercero, titulado “Transmito lo que he recibido” (cfr. 1 Co 15, 3), desarrolla sobre la base de esta afirmación de San Pablo la cuestión de la eclesialidad de la fe cristiana, y su inserción en la tradición viva de la Iglesia. Bajo el subtítulo “Unidad e integridad de la fe”, encontramos la referencia a Newman. Se trata del n° 48 de la encíclica. Como se advertirá, Newman viene citado a continuación de dos grandes Padres de la Iglesia, San Ireneo y San Agustín. El contenido de lo que allí se expresa, según la cita a la que remite (44), está tomado del *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, obra de Newman del año 1844, escrito antes de su conversión al catolicismo, como reflexión final de su itinerario hacia la fe plena de la Iglesia Católica, fundando su convicción en el desarrollo homogéneo que presenta la historia de los dogmas que la Iglesia ha ido definiendo a lo largo de los siglos, así como de las prácticas de fe y culto. No halló corrupción alguna, como señalaba el anglicanismo, sino que la doctrina y el culto de la Iglesia Romana presentaba una unidad y una integridad a lo largo del tiempo, siempre fiel a su origen, y en continuidad con la Iglesia primitiva de los Padres. Newman propone en la obra siete notas características de este desarrollo homogéneo, entre las cuales está la de “asimilación”, a la que hace referencia la encíclica, es decir, la capacidad que tiene la Iglesia en su tradición viva de fe de asimilar elementos de Verdad provenientes de otros ámbitos, por ejemplo, de la filosofía griega, lo cual le ha permitido transitar por épocas y culturas diversas, tomando, a la vez que purificando y poniéndolo al servicio de la fe, todo aquello que no contradice a la misma, sino que más bien viene a corroborarla e incluso a hacerla más comprensible a través del tiempo. Esta



magna obra de Newman, su mayor aporte para la teología posterior del siglo XX, está recordada en la encíclica como fuente segura para el tema que trata. Sin más comentarios, leamos el n° 48.

*48. Dado que la fe es una sola, debe ser confesada en toda su pureza e integridad. Precisamente porque todos los artículos de la fe forman una unidad, negar uno de ellos, aunque sea de los que parecen menos importantes, produce un daño a la totalidad. Cada época puede encontrar algunos puntos de la fe más fáciles o difíciles de aceptar: por eso es importante vigilar para que se transmita todo el depósito de la fe (cf. 1 Tm 6, 20), para que se insista oportunamente en todos los aspectos de la confesión de fe. En efecto, puesto que la unidad de la fe es la unidad de la Iglesia, quitar algo a la fe es quitar algo a la verdad de la comunión. Los Padres han descrito la fe como un cuerpo, el cuerpo de la verdad, que tiene diversos miembros, en analogía con el Cuerpo de Cristo y con su prolongación en la Iglesia [42]. La integridad de la fe también se ha relacionado con la imagen de la Iglesia virgen, con su fidelidad al amor esponsal a Cristo: menoscabar la fe significa menoscabar la comunión con el Señor [43]. La unidad de la fe es, por tanto, la de un organismo vivo, como bien ha explicado el **beato John Henry Newman**, que ponía entre las notas características para asegurar la continuidad de la doctrina en el tiempo, su capacidad de asimilar todo lo que encuentra [44], purificándolo y llevándolo a su mejor expresión. La fe se muestra así universal, católica, porque su luz crece para iluminar todo el cosmos y toda la historia.*

[42] Cf. Ireneo, *Adversus haereses*, II, 27, 1: SC 294, 264.

[43] Cf. Agustín, *De sancta virginitate*, 48, 48: PL 40, 424-425: “*Servatur et in fide inviolata quaedam castitas virginalis, qua Ecclesia uni viro virgo casta cooptatur*”.

[44] Cf. *An Essay on the Development of Christian Doctrine*, Uniform Edition: Longmans, Green and Company, London, 1868-1881, 185-189.

Demos gracias a Dios por este nuevo reconocimiento de la doctrina del beato John Henry Newman por parte del Magisterio de la Iglesia, y precisamente en el Año de la Fe. Es el mejor impulso que podíamos tener sus Amigos, y la renovada convicción de su presencia en la vida actual de la Iglesia a la que él tanto amó. Oremos con más fuerza por su pronta canonización.●—

La Eucaristía, sacramento de la fe, en el pensamiento y la vida de Newman

FERNANDO M. CAVALLER

Por supuesto, Newman no sólo nos ha legado una importante colección de escritos acerca de la fe, sermones y ensayos sistemáticos, así como consideraciones en sus cartas. Newman fue él mismo un hombre de fe, desde su conversión juvenil a los quince años, y a través de toda su vida, de modo especial en su vida sacerdotal. Alimentó esa fe con la lectura y meditación de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres de la Iglesia, fundándola de manera decisiva en el Credo de la Iglesia, y celebrándola diariamente en la Eucaristía. Allí está, en efecto, no sólo el contenido de la fe cristiana, sino la presencia misma de su autor, Jesucristo en persona.

Esta **Presencia Real**, en la que creía ya como anglicano, fue reafirmada en su espíritu como católico con la devoción eucarística fuera de la Misa, tal como se practicaba entonces y ahora en la Iglesia de Roma. Este sí fue un verdadero descubrimiento luego de su conversión. Así lo expresa en varias cartas. Fue incluso un verdadero refugio durante las situaciones afflictivas, algunas muy intensas, que tuvo que vivir como católico. Y por eso fue también el consejo, que aparece en varias de sus cartas, a muchas personas que le confiaban sus angustias, inquietudes y desconciertos. *En los años pasados mi única consolación personal ha sido en la Presencia del Señor en el tabernáculo...me volvía hacia Él, que puede compensar sin medida las aflicciones que después de todo no son reales sino sentimen-*

*tales (para usar una palabra de moda). Anítese por un momento y todo estará bien.*¹

Parece adecuado en estos últimos meses del Año de la Fe, convocado por el papa Benedicto XVI y continuado por el papa Francisco, que imitemos al beato John Henry en este amor y cercanía al Santísimo Sacramento, a la Presencia viva de Jesucristo en su Iglesia. Los tiempos que corren, que muestran de a ratos con crudeza el peligro al que está sometida la fe de los cristianos, piden un incremento de adoración al objeto mismo de esa fe que es Jesús en Persona. La Eucaristía es y será siempre el cumplimiento de la promesa: “Estaré con vosotros hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). Newman nos sigue dando el mismo consejo: *¿Qué puedo hacer mejor sino decirle que vaya a Él que es nuestra Vida y nuestra Fuerza, que puede hacer todo por usted, que le ama y que desea su amor? ¿Qué puede dañarle, si pone sus esperanzas, deseos, dudas y dificultades en Sus manos, si pone sus pensamientos para que Él los guarde, y le ruega para conformar su corazón al Suyo, y su voluntad a la Suya? Él puede hacer concesiones que nadie puede hacer, y darle la fuerza, la iluminación y la paz, que el mundo no puede dar.*²

1 LD XXV, 231, carta a Lady Simeon, 18 de noviembre de 1870.

2 LD XXV, 156-157, carta a Mrs. Wilson, 3 de Julio de 1870.



Ofrecemos en este **número 60 de nuestra publicación** algunos textos eucarísticos suyos para nuestra meditación.

Que el Señor mismo nos conceda ser verdaderos Amigos suyos a todos los Amigos de Newman, por la cercanía *Cor ad Cor* que es posible a través de la Eucaristía, en la Misa y delante del Sagrario.

Él está aún aquí, y nuevamente en secreto... Su presencia es tan poco manifestativa de sí e impresionante para la mayoría, como también lo fue Su presencia corporal antes... Cuando nació en el mundo, el mundo no lo supo. Yació en un rudo pesebre, entre los animales, pero "todos los ángeles de Dios le rindieron culto". Ahora también Él está presente sobre una mesa [del altar], sencilla tal vez en su hechura, y no

*suficientemente honorable en sus detalles, y la fe adora,... pero el mundo pasa de largo.*³

"Este es el pan bajado del cielo, para que quien lo coma no muera" (Jn 6, 50). El texto habla de la santa comunión, el más grande y el más elevado de todos los misterios sacramentales que ha sido otorgado a la fe. Cristo, que murió y resucitó por nosotros, está espiritualmente presente en él, en la plenitud de Su muerte y de Su resurrección. Podemos llamar espiritual a Su presencia en este santo sacramento, no como si "espiritual" fuera un nombre o modo de hablar, y Él estuviera realmente ausente, sino como una manera de expresar que quien está allí presente no puede ser ni visto ni oído, no es accesible

3 PPS IV, 16. Sermón *Cristo oculto del mundo*

ni puede ser determinado por ninguno de los sentidos...pero sin embargo está realmente presente...Pidámosle que nos dé tal visión real y vívida de la bienaventurada doctrina de la Encarnación del Hijo de Dios, de Su nacimiento de una Virgen, de su muerte expiatoria, y de su resurrección, que podamos desear que la Santa Comunión sea el tipo efectivo de esa bondadosa economía...Pidámosle que nos dé el verdadero anhelo de Él, la sed de Su presencia, la ansiedad por encontrarle, el gozo por escuchar que ha sido hallado, aún ahora, bajo el velo de las cosas sensibles, y la buena esperanza de que nosotros le encontraremos allí.⁴

“El que coma Mi carne y beba Mi sangre tiene vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6,53-54). No hay ninguna distinción aquí entre alma y cuerpo. La bendita Cena es alimento para nosotros enteramente, todo lo que somos, alma, cuerpo, y todo. Es la semilla de la vida eterna dentro nuestro, el alimento de la inmortalidad, que “preserva nuestro cuerpo y alma para la vida eterna”...Comemos el pan sagrado y nuestros cuerpos se hacen sagrados, no son nuestros, son de Cristo, están imbuidos con esa carne que no vio la corrupción, están inhabitados por Su Espíritu, llegan a ser inmortales...⁵

Se entiende como un sostén hasta que el Señor venga. Es una prenda para aquellos que claman ‘¿hasta cuándo?’ para que puedan descansar aún por un breve tiempo [Ap 6, 10-11]. Nos recuerda, nos consuela y nos prepara para lo que un día será, cuando nosotros, que todavía no sabemos lo que será, ‘seamos semejantes a Él porque le veremos tal cual es’ [1 Jn 3, 2]... Sin esperanza la religión no puede existir y que ser cristiano es esperar a Cristo, de modo que la esperanza del cristiano es también ‘vigilante’, porque ve en todas las cosas signos de la llegada de su Salvador, y también ‘pensante’, porque

medita en la promesa que le fue dada. Y dice: Si os sentís perturbados interiormente y confundidos, y encontráis difícil fijar la mente en las cosas invisibles y esperar la llegada de Cristo que sabéis que debéis esperar, considerad entonces si a lo mejor esto no viene por haber descuidado ese santo mandato de anunciar la muerte del Señor ‘hasta’ que vuelva. Hay pocas personas que se acercan a ese santo sacramento con la frecuencia que debieran, y si no sienten afecto por Cristo que se pregunten si elevan sus corazones al Señor en esa celebración en la que son efectivamente capacitados para elevarlos. Ese sacramento es el sacramento de la esperanza. Se entiende como un sostén hasta que el Señor venga.⁶

La Escritura nos dice que el Evangelio de la Alianza intenta, entre otros propósitos, prepararnos para ese destino futuro glorioso y maravilloso, la visión de Dios, un destino que si no es muy glorioso será muy terrible. Y es en el culto y la celebración a Dios Todopoderoso, que Cristo y Sus Apóstoles nos han dejado, donde se nos conceden los medios morales y místicos de aproximarnos a Dios, y aprender gradualmente a resistir la visión de Él...Los hombres preguntan a veces por qué necesitan ‘profesar’ la religión, por qué deben ir a la iglesia...por qué deben participar de lo que la Iglesia llama sacramentos...Vemos esta simple razón: porque tendrán un día que cambiar su estado de ser. No deben estar aquí para siempre....Así, de muchas maneras, el que es Juez de nosotros nos prepara para ser juzgados. El que nos va a glorificar nos prepara para ser glorificados.⁷

Cristo habita entre nosotros en Su Iglesia, real aunque invisiblemente, y a través de sus ritos realiza en nosotros la promesa en un sentido verdadero y suficiente...Tal visión es extraña

4 PPS VI,11. Sermón *La presencia eucarística*.

5 PPS I,21. Sermón *La resurrección del cuerpo*.

6 MS 230 1830, y repetido hasta 1842. Sermón *La liturgia forma el carácter para la esperanza*.

7 PPS V,1, Sermón *El culto, una preparación para la venida de Cristo*.



a muchos hombres, que no se dan cuenta de la presencia de Cristo, ni admiten la obligación de darse cuenta. Aún aquellos que tienen hábitos de seriedad han olvidado casi o bastante la obligación....Venir a menudo a orar, arrodillarse en vez de sentarse, esforzarse en hacer vuestras oraciones, comportarse en la Casa de Dios de otra manera que como lo haríais en una habitación común, venir entre semana tanto como en domingo, llegar frecuentemente al Santísimo Sacramento, y estar quietos y reverentes durante esa celebración sagrada...Todos estos son actos de fe, porque son los actos que haríamos si viéramos y escucháramos a Aquel que ‘está’ presente, aunque no lo vemos con nuestros ojos ni lo escuchamos. Pero “bienaventurados los que crean sin haber visto”.⁸

La Bendición con el Santísimo Sacramento es uno de los ritos más sencillos de la Iglesia...Es la solemne bendición de Dios a Su pueblo, como cuando extendió las manos sobre los niños, o cuando bendijo a Sus elegidos al ascender des-

8 PPS V, 2, Sermón *La reverencia viene de la fe en la presencia de Dios.*

de el Monte de los Olivos. Como los hijos pueden acercarse a su padre antes de ir a la cama por la noche, así...la gran familia Católica viene ante el eterno Padre, tras el barullo y las preocupaciones del día, y El la sonríe, y derrama sobre ella la luz de Su semblante: es el cumplimiento de aquello que el Sacerdote invocó sobre los israelitas: “Que el Señor te bendiga y te guarde; que el Señor te muestre Su faz y tenga misericordia de ti; que el Señor vuelva Su Rostro a ti y te de Su paz (Num 6, 24-26)”.⁹

*Estoy escribiendo desde la habitación contigua a la Capilla. Es una bendición tan incomprendible tener a Cristo corporalmente presente en la propia casa, dentro de los propios muros, que hace desaparecer todos los demás privilegios y destruye, o debería destruir, todo dolor. Saber que está cerca, poder una y otra vez ir a Él a lo largo del día. Estad seguro, mi querido Wilberforce, que cuando estoy en Su Presencia no eres olvidado. Ciertamente, donde está el Santísimo Sacramento es ‘el’ lugar para la intercesión.*¹⁰

*Está bien ser peregrino, y, con el Santísimo Sacramento siempre a pocos pasos de uno como ahora que habita bajo nuestro mismo techo, no se puede sentir mucho exilio en ninguna parte.*¹¹

*No hay nada que me haga comprender más la Unidad de la Iglesia como la Presencia de su Divino Fundador y Vida, dondequiera que voy. Todos los lugares son como si fueran uno, mientras los amigos que dejé gozan de Su Presencia...Él está también aquí.*¹²●

9 *Present Position*, p.255.

10 LD XI, 129, 26 de febrero de 1846.

11 LD XI, 133, carta a Copeland, 10 de marzo de 1846.

12 LD XI, 254, carta a Mrs Bowden, 4 de octubre de 1846.

De la ANTOLOGÍA de textos “El Misterio de la Iglesia”, publicada por el International Centre of Newman’s Friends de Roma, con su permiso.

Todos los textos siguientes están extraídos del célebre artículo de Newman “*Consulta a los fieles en materia de doctrina*”, publicado en el Rambler, en 1859.

El “sentido de la fe” en el Pueblo de Dios

Creo tener razón al afirmar que la tradición de los Apóstoles, encomendada a la Iglesia entera en sus varias funciones y constitutivos *per modum unius*, se manifiesta de múltiples maneras en los diversos tiempos: algunas veces por boca del episcopado, otras veces de los doctores, otras veces del pueblo, otras veces por las liturgias, ritos, ceremonias, y por las costumbres, eventos, disputas, movimientos, y todos los demás fenómenos comprendidos bajo el nombre de historia. Se sigue que ninguno de estos canales de tradición debe tomarse con falta de respeto; pero al mismo tiempo concediendo totalmente que el don de discernir, discriminar, definir, promulgar, y consolidar cualquier porción de dicha tradición, reside solamente en el magisterio de la Iglesia.

Conspiratio: ambas, la Iglesia que enseña y la Iglesia enseñada, deben estar juntas, como un doble testimonio; deben mutuamente ilustrarse, y nunca dividirse.

Primeramente indicaré las varias maneras como los teólogos nos presentan la fuerza del consenso de los fieles sobre la manifestación de la tradición de la Iglesia. Su *consensus* debe considerarse: 1. como un testimonio del hecho del dogma apostólico; 2. como una suerte de instinto profundo en el seno del cuerpo místico de Cristo; 3. como una dirección del Espíritu Santo; 4. como una respuesta a su oración; 5. como un celo por no errar, lo que consideraría inmediatamente como un escándalo.

Pienso que cualquiera...podría entender...que el *sensus* y el *consensus fidelium* es una rama de evidencia que será necesario y natural a la Iglesia considerar y consultar, antes de proceder a cualquier definición, por convicción interna; y en consecuencia, que siempre de este modo ha sido considerara y consultada.

No es difícil creer, cuando la Iglesia ha hablado. El verdadero problema es cuando un cierto número de pequeños papas, a veces laicos, comienzan a predicar contra los obispos y sacerdotes, y a imponer sus opiniones como de fe, y atemorizan a la gente devota y sencilla, y detienen la marcha de la investigación.●—

“NEWMANIANA”:

NÚMERO 60 y 23 AÑOS DE CONTINUIDAD

Agradecemos al Señor su inspiración y su ayuda en estos años, a la vez que confiamos en Él para continuar con fidelidad la obra de difusión de la vida y los escritos del beato cardenal John Henry Newman, una figura excepcional para la actualidad. Agradecemos el apoyo de los Amigos de Newman en la Argentina.

Pero igualmente nos vemos en la necesidad de reiterar el pedido de cooperación para poder seguir adelante con nuestra publicación.



Enviar cheque a nombre de Fernando M. Cavaller o realizar transferencia bancaria a la cuenta corriente del Banco Santander-Río N°09400051087-7
 CBU 0720094688000005108772
 CUIL 20-08288279-1

SERMONS ON VARIOUS OCCASIONS, VII

Predicado en la iglesia de la Universidad Católica de Dublin

Fiesta de la Conversión del Apóstol San Pablo. Tercer domingo después de Epifanía. 1857.

El don característico de san Pablo

TRADUCCIÓN: FERNANDO M. CAVALLER

*Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis,
ut inhabitet in me virtus Christi.*

Con sumo gusto me gloriaré en mis debilidades,
para que habite en mí la fuerza de Cristo (2 Cor, 12,9)

Todos los Santos, desde el principio al fin de la historia, se parecen entre sí en que su excelencia es sobrenatural, sus acciones heroicas, sus méritos extraordinarios y predominantes. Todos ellos son modelos escogidos de las virtudes teologales, todos son bendecidos con una rara y especial unión con su Creador y Señor, todos llevaron vidas penitentes, y cuando dejan este mundo se les perdona ese tormento al que están destinadas multitud de almas santas, entre la tierra y el cielo, la muerte y la gloria eterna.¹ Sin embargo, con todas estas señales varias de su pertenencia a la única y misma familia celestial, pueden ser divididos, en su aspecto externo, en dos clases.

Por un lado, están aquellos tan absorbidos en la vida divina que parecen, aún mientras están en este mundo, no tener parte en la tierra o en la naturaleza humana, sino que piensan,

hablan y actúan según modos de ver, afectos, y motivos simplemente sobrenaturales. Si aman a otros es sencillamente porque aman a Dios, y porque el ser humano es objeto de Su compasión o de Su alabanza. Si se alegran, es en aquello que no se ve. Si sienten interés, es lo que es celestial. Si hablan, es casi con la voz de los ángeles. Si comen o beben, es casi solamente el alimento de los ángeles, pues está registrado en sus historias que durante semanas no comieron nada sino el Pan Celestial que es el sustento propio del alma. Así suponemos que fueron San Juan, Santa María Magdalena, los eremitas del desierto, y muchas de las vírgenes cuyas vidas pertenecen a la ciencia de la teología mística.

Por otro lado, están aquellos, también del más alto grado de la santidad, como podéis ver, en quienes lo sobrenatural se combina con lo natural en lugar de suplantarle, vigorizándolo, elevándolo, ennobleciéndolo, y que no son menos hombres por ser santos. No dejan a un lado sus

¹ Se refiere al Purgatorio.



La conversión de San Pablo, Enea Vico, 1545, grabado, Bristih Museum

cualidades, sino que los usan para la gloria del que se los dio. No obran junto a ellos sino a través de ellos. No los eclipsan por el brillo de la gracia divina, sino que los transfiguran. Son versados en conocimientos humanos, están ocupados en la sociedad humana, entienden el corazón humano, pueden meterse en las mentes de otros hombres, y todo esto es consecuencia de dones naturales y de una educación secular. Mientras se mantienen seguros en la bendición de pureza y paz, pueden seguir en la imaginación las diez mil aberraciones del orgullo, la pasión y el remordimiento. El mundo es para ellos un libro que les atrae por sí mismo, que leen con fluidez, que les interesa naturalmente, aunque en razón de la gracia que habita en ellos lo estudian y conversan con él para gloria de dios y salvación de las almas. De este modo, tienen los pensamientos, sentimientos, estados de ánimo, atracciones, simpatías y antipatías por otros hombres, tanto como no sean pecado, y porque estas propiedades de la naturaleza humana están purificadas, santifica-

das y elevadas. Son más elocuentes, más poéticos, más profundos, más intelectuales, solamente en razón de ser más santos. En esta última clase podría quizás sin presunción ubicar a muchos de los antiguos Padres, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Nacianceno, San Atanasio, y sobre todo al gran santo de este día: San Pablo Apóstol.

Creo que es una feliz circunstancia que, en esta iglesia que está bajo el patrocinio de nombres tan grandes como el de San Pedro y San Pablo, las festividades de estos dos Apóstoles (el 29 de junio San Pedro y hoy San Pablo), hayan caído en domingo en este primer año en que estamos reunidos aquí. Y ahora que hemos llegado, por la protectora providencia de Dios, al último de estos dos días, la Conversión de San Pablo, no quiero perder la oportunidad, con todas las dudas acerca de mi habilidad, de presentaros, hermanos míos, al menos unas pocas observaciones sobre la magnífica obra de la creativa gracia de Dios en la persona de este gran Apóstol, misericordiosa-



Estatua de san Pablo en San Juan de Letrán (Roma).

mente presentada para nuestra reflexión. Sé que lo mejor que pueda decir será indigno de él, y aún eso mejor difícilmente podré mostrarlo en el espacio de tiempo que se me concede en una ocasión como esta; pero confío que lo que se dice por devoción a él y para la gloria divina tiene su utilidad, aunque sea defectuosa, y es una súplica de aquellos que lo dicen para que él lo vea favorablemente, y sea aceptado bondadosamente por su Señor y Maestro, que es también el nuestro.

Ahora bien, como he comenzado por comparar a San Pablo con San Juan, insinuando que San Juan llevó una vida más simplemente sobrenatural que San Pablo, puede pareceros, hermanos míos, que estoy denigrando a San Pablo,

y podríais preguntarme si es posible para cualquier santo sobre la tierra tener una comunión más íntima con su Divina Majestad que la que le fue concedida a San Pablo. Me recordaríais sus mismas palabras: “no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí: la vida que vivo al presente en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal 2, 20). Y podríais referiros a sus éxtasis y visiones más sorprendentes, como cuando fue arrebatado hasta el tercer cielo y escuchó palabras inefables “que el hombre no puede pronunciar” (2 Cor 12, 4). Podríais decir que “de ningún modo se queda corto” respecto de San Juan en su imponente iniciación en los misterios del Reino de los Cielos. Ciertamente podríais decir esto, y no estoy imaginando nada contrario a vosotros. No podemos comparar Santos, pero coincido con vosotros en que San Pablo recibió favores, iguales según nuestra comprensión, a los que le fueron concedidos a San Juan. Pero entonces, por otro lado, tampoco San Juan quedó atrás de San Pablo en estas señales del amor divino. En verdad, estas señales son algunas de esas mismas cosas que, en mayor o menor grado, pertenecen a todos los santos, como dije al comenzar, por cuanto mi pregunta es ahora no cuáles son esos puntos en los que San Pablo coincide con todos los otros santos, sino cuál es su marca distintiva, cómo le reconocemos de los demás, qué hay de especial en él. Y pienso que su característica es que, como he dicho, la plenitud de los dones divinos no tiende a destruir lo que es humano en él, sino a espiritualizarlo y perfeccionarlo. De acuerdo a sus propias palabras, usadas para otro asunto, pero estableciendo, como si fuera, el principio sobre el cual estaba formado su propio carácter, “no es que queramos ser desvestidos, sino más bien sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida” (2 Cor 5, 4). En él, su naturaleza humana, sus afectos humanos, sus dones humanos, estaban poseídos y glorificados por una vida nueva y celestial, pero permanecían, y de ellos habla en el texto, desde su humildad, llamándolos su debilidad. No fue desvestido de su

naturaleza sino vestido con la gracia y el poder de Cristo, y por eso él se *glorí*a en su debilidad. Este es el tema sobre el cual deseo expresarme.

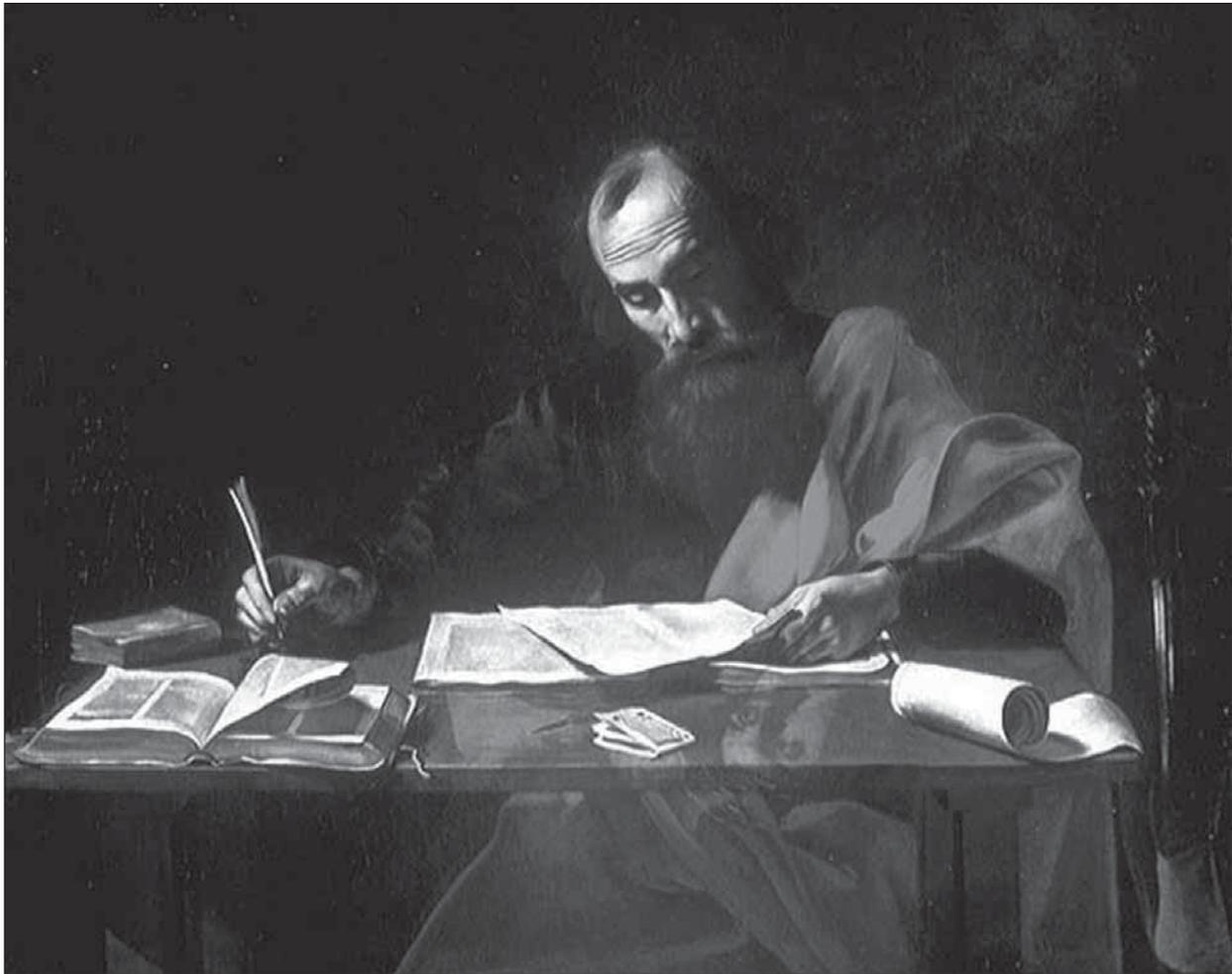
Un poeta pagano ha dicho: “Homo sum, humani nihil a me alienum puto”. “Soy un hombre, nada humano es ajeno a mi interés”, y este sentir ha sido amplia y merecidamente elogiado. Y creo que esta es, en un sentido pleno que un pagano no podía entender, la característica de este gran Apóstol. Está siempre hablando, para usar sus propias palabras, de “cosas humanas”, y “como un hombre”, y “de acuerdo a los hombres”, y “tontamente”, es decir, que la naturaleza humana, la naturaleza común a toda la raza de Adán, habló en él, actuó en él, con una presencia enérgica, con una suerte de plenitud corporal, siempre bajo el soberano gobierno de la gracia divina, pero sin perder su libertad y poder real por esta subordinación. Y la consecuencia es que, siendo tan fuerte en él la naturaleza de hombre, es capaz de entrar en la naturaleza humana, de simpatizar con ella, con un don que es peculiarmente suyo.

El ejemplo más sorprendente de esto es que, aunque su vida anterior a la conversión parece haber sido tan concienzuda y tan pura, sin embargo no duda en asociarse con los paganos proscritos, y hablar como si él fuera uno de ellos. San Felipe Neri, antes de comulgar solía decir, “Señor, declaro ante Ti que no soy bueno para nada sino para el mal”. En la confesión solía decir, “nunca he hecho una buena acción”. Decía a menudo, “no tengo arreglo”. A un penitente le dijo. “esté seguro de que soy un hombre como mis vecinos, y nada más”. Pues bien, lo que quiero decir es que, de modo parecido, San Pablo sentía que todos sus vecinos, toda la raza de Adán, existía en él. Se reconocía poseído de una naturaleza, era consciente de poseer una naturaleza capaz de entregarse a la multiplicidad de emociones, de estratagemas, de propósitos, y de pecados, que efectivamente rigen en el ancho mundo y en la multitud de seres humanos. Y en ese sentido resiste los pecados de todos los hombres, se asocia



Estatua del apóstol san Juan en San Juan de Letrán (Roma).

con ellos, habla de ellos, y de sí mismo como uno de ellos. Digo que él, un estricto fariseo (como se describe), irreprochable de acuerdo a la justicia legal, que habla con buena conciencia ante Dios y le sirve desde sus antepasados con pura conciencia, sin embargo habla en todas partes de sí mismo como un pagano disoluto antes de la gracia del llamado de Dios. No solamente se cuenta, por nacimiento, en el número de los “hijos de ira”, sino que se clasifica con los paganos “en medio de las concupiscencias de nuestra carne, siguiendo las apetencias de la carne” (Ef 2, 3). Y en otra carta habla de sí mismo, en el momento que escribe, “yo soy de carne, vendido al poder



San Pablo escribe sus cartas, Valentin de Boulogne (1620, circa), Museum of Fine Arts, Houston.

del pecado”, y habla del “pecado que habita en mí”, y de “servir con la carne a la ley del pecado” (Rom 7, 14.20.25), digo, cuando era un Apóstol confirmado en la gracia. Y de igual modo habla de la concupiscencia como si fuera pecado, porque captó vívidamente lo que era esa naturaleza suya en sus tendencias y resultados, cuando estaba privada de la gracia que la había santificado.

De aquí que yo justifique el gusto de San Pablo por los escritores paganos, o lo que nosotros conocemos por los clásicos, lo cual es muy notable. Él, el Apóstol de los gentiles, era entendido en las letras griegas, así como de modo similar Moisés, el legislador de los judíos, lo fue en la sabiduría de los egipcios. Y no abandonó ese co-

nocimiento cuando “aprendió a Cristo”. No pienso que esté exagerando al decir esto, pues sale citando tres veces pasajes de esos autores: hablando a los paganos atenienses, a sus conversos de Corinto, y en una exhortación personal a su discípulo Tito. Y es muy notable que uno de los escritores que cita fuese autor de comedias, que no reclamaban ser leídas por contener ninguna alta moralidad. ¿Cómo explicarnos esto? ¿Se gozaba San Pablo en lo que era licencioso?, no lo permita Dios. Es que tenía el sentimiento de un ángel guardián que ve cada pecado que comete el rebelde, y lo mira y llora. Con esta diferencia: que tenía simpatía con los pecadores, cosa que un ángel (dicho con reverencia) no puede tener. Era un verdadero amante de las almas. Amaba

la pobre naturaleza humana con amor apasionado, y la literatura de los griegos era sólo expresión de esa naturaleza, y se inclinaba sobre ella con ternura y tristeza, deseando su regeneración y salvación.

Así es como doy cuenta de su conocimiento familiar de los poetas paganos. Algunos de los Padres antiguos consideran que los griegos estaban bajo una especial dispensación de la Providencia, preparatoria del Evangelio, aunque no directa del cielo como era la de los judíos. San Pablo parece, si así lo puedo decir, participar de este sentir: así como claramente enseña que los paganos están en la oscuridad y en pecado, y bajo el poder del Maligno, no admite que estén más allá del ojo de la Divina Misericordia. Por el contrario, habla de Dios como “fijando los tiempos determinados y los límites del lugar donde habían de habitar”, es decir, acompañando las vicisitudes de la historia y la migración de las razas, “con el fin de que buscasen a Dios, para ver si a tientas lo buscaban y lo hallaban”, puesto que, continúa, “Él no se encuentra lejos de cada uno de nosotros” (Hech 17, 26-27). Así también, cuando los de Licaonia quisieron rendirle culto, inmediatamente se ubicó reconociéndose entre ellos y a su nivel, mientras les hablaba al mismo tiempo del amor de Dios por ellos, aunque eran paganos. “Amigos”, les dijo, “¿por qué hacéis esto? Nosotros somos también hombres, de igual condición que vosotros”, y agregó que Dios “en los tiempos pasados, permitió que todas las naciones caminaran según sus propios caminos, si bien no dejó de dar testimonio de sí mismo, derramando bienes, enviando desde cielo lluvias y estaciones fructíferas, llenando nuestros corazones de sustento y alegría” (Hech 14, 15-17). Ved que dice “*nuestros* corazones”, no “*vuestros*”, como si él fuese uno de aquellos paganos, y se expresa de modo bondadosamente humano acerca del alimento, y de la alegría que el alimento produce, concedido a los pobres paganos. Por eso, él es el Apóstol que insiste especialmente en que todos procedemos de un padre, Adán, por lo cual

se complacía en pensar que todos los hombres fueran hermanos. “Dios creó de un solo principio todo el linaje humano” (Hech 17, 26), y “del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo” (1 Cor, 15, 22). Citaré un solo pasaje más del gran Apóstol sobre el mismo tema, en el cual contempla con ternura la cautividad, la angustia, el anhelo, y el rescate de la pobre naturaleza humana. “La ansiosa espera de la creación”, es decir, de la naturaleza humana, “desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquél que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto” (Rom 8, 19-22).

Estos son muestras de ese afecto tierno que tenía el gran corazón del Apóstol por todos los que eran como él, los hijos de Adán. Pero si sentía tanto por todas las razas esparcidas sobre la tierra, ¡cuánto sentía por su propia nación! ¡Qué mezcla especial de amargura y dulzura, de generoso orgullo (si puedo hablar así) pero de angustia penetrante y abrumadora, le producía el pensamiento de la raza de Israel!, la más elevada y amada de las naciones, su propio pueblo querido, cuyas glorias estaban ante su imaginación y en sus afectos desde la niñez, el pueblo que tenía la primogenitura y la promesa, pero que en lugar de hacer uso de ellas las había desechado locamente! ¡Ay, él mismo había sido alguna vez partícipe en esa locura, y fue salvado de su capricho únicamente por el poder milagroso de Dios! ¡Oh, la más querida, la más gloriosa de las razas, miserablemente caída! ¡Tan grande y tan abyecta! Este es su tono al hablar de los judíos, a la vez un Jeremías y un David, David en su patriótico cuidado por ellos, y Jeremías en su denuncia lastimera y resignada.

Considerad sus palabras: “Digo la verdad en Cristo, no miento, mi conciencia me lo atestigua en el Espíritu Santo, siento una gran tristeza y

un dolor incesante en el corazón” (Rom 9, 1-2). A pesar de sus visiones y éxtasis, de su elección maravillosa, de sus múltiples dones, de los cuidados de su apostolado y de “la solicitud por todas las iglesias”, podríais pensar que había tenido bastante de otra manera tanto para acongojarle como para alegrarle, pero no, esta contemplación especial permanece siempre ante su mente y en su corazón. Me refiero al estado de su propio pueblo, que estaba en loca enemistad contra el Salvador prometido, que se había alegrado de antemano siglo tras siglo por la Esperanza de Israel, preparando el camino, anunciándola, sufriendo por ella, cuidándola y protegiéndola, pero cuando llegó, rechazándola, y perdiendo el fruto de su larga paciencia. “Los israelitas”, dice con tristeza deteniéndose en sus glorias pasadas, “de los cuales es la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas, y los patriarcas de los cuales también procede Cristo según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén.” (Rom 9, 4-5).

¡Qué duro fue para él dejarlos! Rogaba por ellos, mientras ellos perseguían al Señor y a él mismo. Le recordaba a su Señor que él mismo había sido también ese perseguidor, ¿y por qué no probarles un tiempo más? “Señor”, dijo, “ellos saben que yo andaba por las sinagogas encarcelando y azotando a los que creían en ti; y cuando se derramó la sangre de tu testigo Esteban, yo también me hallaba presente, y estaba de acuerdo con los que le mataban y guardaba sus vestidos” (Hech 22, 19-20). Veis que su vieja forma de pensar, y los sentimientos e ideas con los que perseguía a su Señor, estaban todavía patentes ante él, y los reconocía como si todavía fueran propios. Dice: “Testifico en su favor que tienen celo de Dios, pero no conforme a un pleno conocimiento” (Rom 10, 2). ¡Ciegos, ciegos! parece decir, ¡que haya habido tanto de bueno en ellos, tanto celo, tanto propósito religioso, tanta firmeza, tanta resolución como la de Josías, Matatías, o Macabeo, para guardar toda la ley y honrar a

Moisés y los Profetas, pero todo malogrado, todo deshecho, por un pecado fatal! ¿Y qué es lo que está pronto a hacer? Moisés, en una ocasión, quiso sufrir en lugar de su pueblo rebelde y dijo: “Con todo, si te dignas perdonar su pecado..., y si no, bórrame del libro que has escrito” (Ex 32, 32). Y ahora, cuando la Nueva Ley se hallaba en vías de promulgación, y la raza elegida estaba cometiendo el mismo pecado, su gran Apóstol deseaba lo mismo: “Desearía ser anatema, separado de Cristo, por mis hermanos, los de mi raza según la carne” (Rom 9, 3). Y luego, cuando todo fue en vano, y permanecieron obstinados, y entró en vigor el gran decreto de Dios, por el mismo afecto que les tenía no quería conceder que fueran reprobados. Se consolaba con el pensamiento de cuántas eran las excepciones a tan triste sentencia. Y pregunta: “¿Es que ha rechazado Dios a su pueblo? ¡De ningún modo! ¡Que también yo soy israelita, del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín!” (Rom 11, 1). “No todos los descendientes de Israel son Israel” (Rom 9,6). Y se explaya en la confiada anticipación de su recuperación en el tiempo futuro. Y dice, escribiendo a los romanos: “Son enemigos para vuestro bien”, es decir, habéis ganado con su pérdida, “pero en cuanto a la elección amados en atención a sus padres; pues los dones y al vocación de Dios son irrevocables” (Rom 11, 28-29). “El endurecimiento parcial que sobrevino a Israel, durará hasta que entre la totalidad de los gentiles, y así, todo Israel será salvo” (Rom 11, 25-26).

Hermanos míos, he explicado con cierta extensión lo que quiero decir cuando hablo del don característico de San Pablo, esto es, una aprehensión especial de la naturaleza humana de hecho, y una familiaridad íntima con ella como objeto de continua contemplación y afecto. La hizo suya plenamente en vez de aniquilarla, simpatizó con ella mientras la mortificaba por la penitencia, mientras la santificaba por medio de la gracia que le era dada. Aunque nunca había sido un pagano, y ya no era más un judío, sin embargo, podría decir que fue un pagano en capacidad

y un judío en la historia del pasado. Su vívida imaginación le permitió insertarse en la condición del paganismo, realizando todas aquellas tendencias que yacían latentes en su naturaleza humana, y sus debilidades se transformaron en pecado. Su memoria despierta le permitió hacer volver esos sentimientos pasados e ideas de un judío, que en el caso de otros una milagrosa conversión los hubiera borrado. Y entonces, mientras era un santo, inferior a ninguno, era aun ciertamente un hombre, y a su propia percepción todavía un pecador.

Y siendo esto así, ¿no veis, hermanos, qué apto era para el oficio de Doctor ecuménico, de Apóstol, no sólo de los judíos sino de también de los gentiles? El Todopoderoso obra a veces con milagros, pero comúnmente prepara a sus instrumentos con métodos de este mundo, y así como atrae las almas hacia Él “con cuerdas humanas” (Os 11,4), así las elige para Él de acuerdo a sus poderes naturales. San Juan, que se recostó sobre su pecho, y cuyo libro fue el sagrado corazón de Jesús, y cuya especial filosofía fue la “scientia sanctorum”,² no fue elegido él para ser el Doctor de las naciones. San Pedro, educado en los misterios del Credo, el Árbitro de la doctrina y el Gobernante de la fe, también él fue pasado por alto en esta tarea. Le fue encomendado especialmente a San Pablo predicar al mundo pues conocía el mundo, y conquistar el corazón pues lo comprendía. Fue su simpatía el medio de su influencia, su afectuosidad el título e instrumento de su imperio. “Con los judíos me hecho judío para ganar a los judíos; con los que están bajo la Ley, como quien está bajo la Ley –aun sin estarlo– para ganar a los que están bajo ella. Con los que están sin Ley, como quien está sin Ley para ganar a los que están sin Ley...Me hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos” (1 Cor 9, 20-22).

Y ahora, hermanos, mi tiempo se ha acabado antes de que haber comenzado bien mi tema, porque ¿cómo puedo decir que he entrado en el gran Apóstol cuando no me he referido aún a sus afectos cristianos y su comportamiento hacia los hijos de Dios? Hasta ahora he hablado principalmente de su simpatía para con la naturaleza humana sin asistencia ni regeneración, no de ese anhelo de su corazón tal como se muestra en acción bajo la gracia del Redentor. Pero quizás es más adecuado en la Fiesta de su conversión parar en ese punto al cual le lleva el día, y quizás también se me permitirá, en una futura ocasión, intentar, si no es presunción, hablar de él nuevamente.

Mientras tanto, ¡que este glorioso Apóstol, el más dulce de los escritores sagrados, el más conmovedor y victorioso de los maestros, me haga algún favor, ya que siempre he sentido una especial devoción hacia él! ¡Que este gran santo, este hombre de mente grande, de simpatías varias, de corazón afectuoso, tenga un pensamiento amable para cada uno de nosotros aquí según nuestras respectivas necesidades! Ha llevado sus pensamientos y sentimientos humanos con él a su trono de arriba, y, aunque ve la Infinita y Eterna Esencia, aún recuerda bien ese océano de abajo, turbulento e inquieto, de esperanzas y temores, de impulsos y aspiraciones, de esfuerzos y fracasos, que es ahora lo que era cuando él estaba aquí. Supliquémosle que interceda por nosotros a la Majestad en lo alto para que también nosotros podamos tener alguna porción de esa ternura, compasión, mutuo afecto, amor de hermandad, aborrecimiento de la contienda y la división, en todo lo cual él sobresalió. Implorémosle especialmente, como debemos, que bendiga al reverendísimo Prelado bajo cuya jurisdicción vivimos y cuyo onomástico es hoy, para que el gran nombre de Pablo sea para él una torre de fortaleza y fuente de consolación ahora, en la muerte, y en el día del juicio³.●—

2 La ciencia de los santos.

3 El Arzobispo de Dublin era en ese momento Paul Cullen.

SERMONS ON VARIOUS OCCASIONS, VIII

Predicado en la iglesia de la Universidad Católica de Dublin

Domingo de Sexagésima, 1857.

El don de simpatía de san Pablo

TRADUCCIÓN: FERNANDO M. CAVALLER

Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis. Qui consolatur nos in omni tribulatione nostra, ut possimus et ipsi consolari eos qui in omni pressura sunt, per exhortationem qua exhortamur et ipsi a Deo

¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios!

2 Cor, 1, 3-4)

No hay nadie que haya amado al mundo tan bien como Aquel que lo hizo. Nadie ha comprendido el corazón humano, la naturaleza humana, y la sociedad en sus formas diversas, nadie que haya penetrado tan tiernamente y medido la grandeza y pequeñez del hombre, sus acciones y sufrimientos, sus circunstancias y su suerte, nadie que haya sentido tan profunda compasión por su ignorancia y su culpa, por su actual revelación y su perspectiva futura, como el Omnisciente. La prueba de esto es lo que Él ha hecho realmente por nosotros. “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único” (Jn 3, 16). Amó la humanidad en su corrupción, a pesar del aborrecimiento que te-

nía por esa corrupción. Amó a los hombres con el amor de un padre, que nunca deshecha a un hijo indigno para siempre sino que es afectuoso con su persona, mientras está indignado ante su mala conducta. Los amó por lo que aún quedaba en ellos de su excelencia original, que era en su medida un reflejo de la Suya. Los amó antes de redimirlos, y los redimió porque los amaba. Esta es la “filantropía” o “humanidad” de Dios nuestro Salvador, de la cual hablan los escritores inspirados.

Digo que nadie puede conocer la raza del hombre tan bien, nadie puede amarla tan verdaderamente por ella misma, como Aquel que



Primera representación de la que se tiene constancia del apóstol San Pablo, hallada en Santa Tecla (Italia)

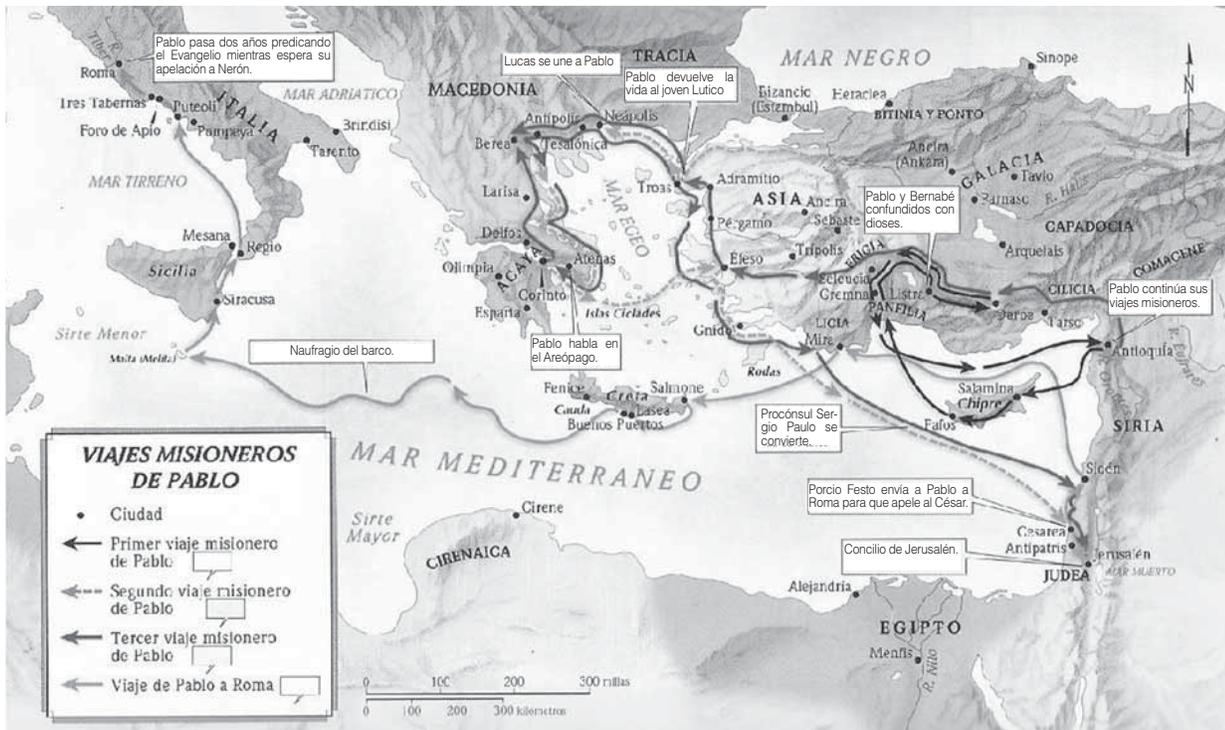
envió a su Hijo, como Aquel que vino del Padre eterno para salvarla. Pero su conocimiento de ella y su amor por ella brotan, no de alguna simpatía de naturaleza, sino porque era su divina prerrogativa “conocer lo que hay en el hombre” (Jn 2, 25). Y cuando Él se hizo hombre, conoció aun sólo por medio de esa divina omnisciencia, y no experimentalmente, el desorden de nuestras mentes y la tiranía de Satán. Participó, ciertamente, de nuestras debilidades, pero no podía participar de nuestra rebeldía, apasionamiento e ignorancia.

Pero existe un conocimiento y amor de la naturaleza humana que poseen los santos, que es consecuencia de una experiencia íntima de lo que realmente es la naturaleza humana, en su irritabilidad y sensibilidad, su desaliento y variabilidad, su debilidad, su ceguera, y su impotencia. Los santos tienen ese don, y viene de lo alto, aunque puede obtenerse, humanamente hablando, o por la memoria de lo que ellos mismos fueron antes de su conversión, o por una fina aprehensión y apreciación de sus propios sentimientos y tendencias naturales. Y entre aquellos que lo han poseído, creo que el ejemplo más conspicuo y señalado es el gran Apóstol de los gentiles. Y este es un tiempo del año en que no está fuera de lugar hablar de él, considerando qué diligente es la Iglesia en traerlo ante nosotros en las semanas que ahora están terminando.¹ Primero,

¹ *Sexagésima*: el segundo domingo de los tres que se contaban antes de comenzar la Cuaresma.

en Navidad, nos hace escuchar su voz, como una trompeta del heraldo, anunciando una y otra vez en el día la llegada de la Gracia Encarnada sobre la tierra. Luego procede a leer sus Cartas en Septuagésima, y más tarde, no contenta con la fiesta de su conversión, reitera su festividad en Sexagésima, que a veces cae en ese mismo día, y que es una segunda conmemoración del Apóstol. Como ya he hecho algunas consideraciones sobre su amor a la naturaleza humana, o filantropía, de modo general, ahora en Sexagésima, y tanto como el tiempo lo permita, me referiré a ese amor en cuanto ejercido dentro de la Iglesia hacia sus hermanos, no simplemente como herederos del cielo, sino como hijos de Adán que son herederos del cielo, poseyendo aún esa naturaleza tan plenamente como antes, y que tiene que ser redimida.

Dice en el texto: “¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios!”. Aquí habla de un ministerio de servicios caritativos, y lo hace brotar de una simpatía con los otros; nuestra propia memoria y experiencia de la aflicción nos urge, y nos capacita, para ayudar a otros que están en una aflicción parecida. La caridad, lo sabemos, es una virtud teologal, y el amor del hombre está incluido, propiamente hablando, en el amor de Dios. Dice San Juan: “Todo el que ama a Aquel que da el ser ama también al que ha nacido de Él” (1 Jn 5,1). Y también, “Hemos recibido de Él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Jn 4,25).



Pero existe otra virtud distinta de la caridad aunque conectada de cerca con ella. Así como el mismo Dios Omnipotente tiene la compasión de un padre por sus hijos, pues “Él sabe de qué estamos hechos, se acuerda de que somos polvo” (Sal 102,14), así, siguiendo su ejemplo, nosotros somos llamados a querer la virtud de humanidad, por así llamarla, una virtud que viene de Su gracia sobrenatural y es cultivada por amor de Dios, si bien su objeto es la naturaleza humana vista en sí misma, en su intelecto, sus afectos, y su historia. Y es esta virtud que considero tan característica de San Pablo, que él mismo la inculca a menudo en sus Cartas cuando pide entrañas de misericordia, benignidad, amabilidad, gentileza, y cosas por el estilo.

Es tan habitual en este gran Apóstol tener conciencia plena de que él es un hombre, y un amor por los otros como sus parientes, que en su concepción interior y en el tenor de sus pensamientos diarios casi pierde de vista sus dones y privilegios, su puesto y dignidad, excepto cuando es llamado a recordárselos por obligación, y

es para sí mismo meramente un hombre frágil hablando a hombres frágiles, y es tierno hacia el débil desde el sentido de su propia debilidad. Más aún, su mismo oficio y funciones en la Iglesia de Dios le sugieren que tiene las imperfecciones y las tentaciones de los demás hombres.

Como ejemplo opuesto, tomemos el pasaje en el cual, sin hablar de sí mismo en particular, describe el lugar sublime que él, como los otros Apóstoles, ocupaba en el cuerpo cristiano. Era uno de aquellos Doce (para usar el número místico) que eran los sumos sacerdotes especiales del Nuevo Testamento, sentados en tronos para juzgar al pueblo, y ofrecer delante del Cordero, como habla la Escritura, frasquitos de oro llenos de perfumes, es decir, las oraciones de los santos. Aunque ese privilegio de elevación pontifical eran para él solamente una humillación personal, porque él mismo era uno de esa raza pecadora por quienes era ofrecido el sacrificio. El contrasta todos los Sumos Sacerdotes terrenales con Cristo mismo, en orden a bajarlos al



Papiro 46 o P46. Este documento fue escrito alrededor del año 200 d.C. y contiene la mayoría de las cartas de Pablo. Es una de las copias más antiguas existentes del Nuevo Testamento.

nivel de sus rebaños.² “Todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados; y puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza. Y a causa de esa misma flaqueza debe ofrecer por los pecados propios igual que por los del pueblo” (Heb 5, 1-3). Observemos su singular condescendencia: el que tiene impresa la dignidad jerárquica es quien ofrece el sacrificio por sus propios pecados, y debe compadecerse por los de los otros.

Y cuando habla de sí mismo y de su oficio más inmediatamente, lo hace del mismo modo.

² Newman considera a San Pablo como autor de la Carta a los Hebreos, según la tradición antigua.

“No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús”. Y luego prosigue: “Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros...Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2 Cor 4, 5.7.10).

Estos dos principales lugares de trabajo, tal como los registra la historia sagrada, fueron Asia Menor y Grecia. De ambos países él es especialmente el Apóstol, pero observad cómo pospone al Apóstol, si puedo hablar así, cuando continúa su obra apostólica, y goza en exponerse en esa condición de debilidad humana que es común a él y a sus oyentes y conversos, que en el orden de la gracia y de la Iglesia eran inconmensurablemente inferiores a él.

Hablando de sus trabajos apostólicos en Grecia, dice primero: “Cuando llegamos a Macedonia, no tuvo sosiego nuestra carne, sino toda suerte de tribulaciones: por fuera, luchas; por dentro, temores” (2 Cor 7, 5). Luego baja a Acaya, y su aflicción y su confesión de ella, continua como antes: “Me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso”, y todo esto mientras estaba dando muestras de su encargo apostólico, como dice, “del Espíritu y del poder” (1 Cor 2, 3-4). En otra ocasión encuentra necesario enumerar a los mismos conversos algunos de esos signos apostólicos, pero siempre interrumpe su catálogo pidiendo disculpas por hacerlo, y con una mención incidental de sus fracasos personales. “Pues si carezco de elocuencia, no así de ciencia”, dice, “lo que os voy a decir, no lo diré según el Señor, sino como en un acceso de locura, en la seguridad de tener algo de qué gloriarme” (2 Cor, 11,6.17). Y luego, después de hacer referencia a sus visiones y éxtasis, no está conforme sin volver a insistir en las debilidades que ha tenido como hombre: “Y por eso, para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un agujón a mi carne, un ángel de Satanás que

me abofetea para que no me engría. Por este motivo tres veces, rogué al Señor que se alejase de mí. Pero El me dijo: ‘Te basta mi gracia, que mi fuerza se muestra perfecta en la debilidad’. Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis debilidades, para que habite en mí la fuerza de Cristo” (2 Cor, 7-9). ¿Qué muestra toda esta argumentación en el gran Apóstol sino un profundo conocimiento de sí mismo, y una impaciencia a menos que pueda aparecer ante sus conversos como partícipe de la misma tierra y cenizas que ellos?

Así sentía y hablaba a sus conversos en Grecia, y en Asia Menor sus manifestaciones, si puedo llamarlas así, eran del mismo tipo. “No queremos que lo ignoréis, hermanos: la tribulación sufrida en Asia nos abrumó hasta el extremo, por encima de nuestras fuerzas, hasta tal punto que perdimos la esperanza de conservar la vida” (2 Cor 1, 8). Y cuando por último se despidió allí de sus conversos su lenguaje es el mismo: “Sabéis cómo me comporté siempre con vosotros, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad y lágrimas y pruebas” (Hech 20, 18-19).

Ahora bien, podemos anticipar fácilmente cuál sería la consecuencia de una disposición de mente tan natural y abierta. Un hombre que se despoja así de su propia grandeza, se pone en el nivel de sus hermanos, se compadece de la naturaleza humana, y habla con semejante simplicidad y espontánea efusión de corazón, está en el acto en condición de concebir un gran amor por ellos, y de inspirar un gran amor hacia él. Así fue con San Pablo, y tenemos la evidencia y el registro de ello en esa visita de despedida a sus hermanos de Éfeso, Tiro y Cesarea, de la cual comencé a hablar. Los dejaba por causa de sus enemigos, los dejaba para ir a sufrir a Jerusalén. ¿Qué era lo que le preocupaba entonces?, no la perspectiva del sufrimiento, sino el dolor que les causaba a sus amigos esa perspectiva. “Mirad que ahora yo, encadenado en el espíritu, me dirijo a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá;

solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones; pero yo no tengo miedo de ninguna de estas cosas” (Hech 20, 22-24). Hasta aquí está tranquilo y también es valiente. Pero ellos le suplican que no suba a Jerusalén, y mirad el efecto que le causa esto: “¿Por qué habéis de llorar y destrozarme el corazón? Pues yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, sino a morir también en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús” (Hech 21, 13). Ved, hermanos míos, qué apego, qué afecto intenso, existía entre él y ellos. Además, les dijo que más allá de lo que le pasara, ciertamente no le volverían a ver: “Y ahora yo sé que ya no volveréis a ver mi rostro ninguno de vosotros, entre quienes pasé predicando el Reino...Dicho esto se puso de rodillas y oró con todos ellos”. Podemos estar seguros de lo que siguió de parte de ellos: “Rompieron entonces todos a llorar y arrojándose al cuello de Pablo, le besaban, afligidos sobre todo por lo que había dicho: que ya no volverían a ver su rostro” (Hech 20, 25.36-38).

Hay santos en quienes la gracia suplanta la naturaleza. No fue así con el gran Apóstol. En él la gracia santificó y elevó la naturaleza. Le dejó en plena posesión y en pleno ejercicio de todo lo que era humano, que no fuese pecado. Él, que tenía la contemplación constante de su Señor y Salvador y le había visto con sus propios ojos, fue, sin embargo, tan susceptible a los afectos de naturaleza humana y a las influencias del mundo exterior, como si fuera extraño a esa contemplación. Es maravilloso decir que, encontrando descanso y paz en el amor de Cristo, no estaba satisfecho sin el amor de los hombres, y que siendo su recompensa suprema la aprobación de Dios, buscaba la de sus hermanos. El que dependía solamente del Creador, sin embargo, se hizo dependiente de la creatura. Aunque tenía Eso que era Infinito, no se dispensó de lo finito. Amaba a sus hermanos, no sólo “a causa de Jesús”, para usar su misma expresión, sino también a causa de ello. Vivía en ellos, sentía con ellos y por ellos, estaba ansioso acerca de ellos, les ayudó, y

a su vez buscó el consuelo de ellos. Su mente era como un instrumento de música, arpa o violín, cuyas cuerdas vibran, aunque no se las toque, por las notas que dan otros instrumentos, y él vivió siempre, de acuerdo a su propio precepto: “Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran” (Rom 12,15). Era por ello el menos magisterial de todos los maestros y el más gentil y amigable de todos los gobernantes. Pregunta: “¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abrase?”. Y después de decir esto añade según su costumbre característica: “Si hay que gloriarse, en mi flaqueza me gloriaré” (2 Cor 11, 29-30).

Este afecto ferviente hacia sus hermanos, este amor ardiente, pero no idolátrico, se manifiesta en todo lo que escribe. Por ejemplo, podemos imaginar el deseo palpitante que un Apóstol debe sentir de dejar este lugar de angustia y de ser llevado a gozar de la Presencia Divina; sin embargo, dice de sí mismo: “Me siento apremiado por las dos partes: por una parte, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; mas, por otra parte, quedarme en la carne es más necesario para vosotros” (Ef 1, 23-24).

Y cuando mira hacia ese feliz día futuro, en el que recibirá a Dios mismo como su recompensa, asocia los gozos del cielo con la presencia de sus conversos: “Pues ¿cuál es nuestra esperanza, nuestro gozo, la corona de la que nos sentiremos orgullosos, ante nuestro Señor Jesús en su Venida, sino vosotros? Sí, vosotros sois nuestra gloria y nuestro gozo” (1 Tes 2, 19-20).

Y así es con sus amigos, uno por uno: en medio de la plenitud de su unión sobrenatural con el Infinito y Eterno Dios, está siempre impaciente por la visión de sus rostros familiares. “Estoy lleno de alegría por la visita de Estéfanos, de Fortunato y de Acaico, que han suplido vuestra ausencia” (1 Cor 16, 17). Y en otro lugar dice: “Mi espíritu no tuvo punto de reposo, pues no encontré a mi hermano Tito”, y luego: “Pero el

Dios que consuela a los humillados, nos consoló con la llegada de Tito” (2 Cor 2, 13; 7, 6). Otra vez, habla de Epafrodito, “que estuvo enfermo y a punto de morir. Pero Dios se compadeció de él; y no sólo de él, sino también de mí, para que no tuviese yo tristeza sobre tristeza” (Fil 2, 27). Dice con tierno lamento: “todos los de Asia me han abandonado” (2 Tim 1, 15). Entonces también ahora, cuando estaba a punto de ser martirizado, como antes, tuvo tiempo de pensar en sus amigos, en aquellos que estaban cerca suyo, aquellos que estaban lejos, y aquellos que habían desertado de él. “En mi primera defensa nadie me asistió, antes bien todos me desampararon... Pero el Señor me asistió...Me ha abandonado Demas por amor a este mundo” (2 Tim 4, 16; 9). “El único que está conmigo es Lucas” (2 Tim 4, 11), “el querido médico”, como lo llama en otro lugar (Col 4, 14).

Debo continuar de igual modo, si el tiempo lo permite, para recordaros también cuán deseoso es de la aprobación de sus hermanos: “Ante Dios estamos al descubierto, como espero que ante vuestras conciencias también estemos al descubierto” (2 Cor 5, 11). Debo mostrar qué sensible es a los desaires aunque al mismo tiempo muy misericordioso, qué sensible a la ingratitud aunque tan manso y gentil como sensible, qué temeroso del efecto de sus castigos a los culpables aunque firme en imponérselos cuando es su deber, cómo no hay ninguno de esos refinamientos y delicadezas de sentimiento que son el resultado de una civilización avanzada, ninguna de esas propiedades y embellecimientos de conducta en los que se deleita el intelecto cultivado, pero él es un modelo de ello en medio de ese conjunto de excelencias sobrenaturales, que es la cualidad de apóstoles y santos. En una palabra, siendo el especial predicador de la gracia divina, es también el especial amigo íntimo de la naturaleza humana. Siendo el que nos revela el misterio de los soberanos designios de Dios, manifiesta al mismo tiempo el más tierno interés por las almas de los individuos.

Y siendo tales sus características de personalidad, como las he venido describiendo, vosotros comprenderéis qué indignado estaría seguramente, pues no se puede usar una palabra más suave, ante la vista de los celos, enemistades, y divisiones en el cuerpo cristiano. Los aborrecería, no solamente como injurias a su Salvador, sino como una ofensa contra esa naturaleza común que nos da a todos y cada uno el derecho al título de hombres. Como amaba esa común naturaleza, sentía placer en ver a todos los que participaban de ella como si fueran uno, aunque estuvieran esparcidos por toda la tierra. Simpatizaba con todos ellos, sean quienes fueran y donde estuvieran, y sentía que era una especial misericordia, concedida a ellos en el Evangelio, que la unidad de la naturaleza humana fuera en adelante reconocida y restaurada en Jesucristo. El espíritu de partido, pues, era antagónico al espíritu del Apóstol, y una gran ofensa a él, aun cuando no fuera tan lejos como el cisma. “Cada uno de vosotros dice: ‘Yo soy de Pablo’, ‘Yo de Apolo’, ‘Yo de Cefas’, ‘Yo de Cristo’. ¿Está dividido Cristo?” (1 Cor, 1, 12-13). “No hay griego y judío, bárbaro y escita, esclavo y libre, pues Cristo es todo y en todos” (Col 3, 11).

Y ahora terminaré con una alusión, que es natural para mí hacerla, y que me justificaré decir que no he malinterpretado en gran medida el carácter del Apóstol. San Felipe Neri tenía una especial afecto por los escritos de San Pablo. Dice su biógrafo que “de los diferentes libros de Santos, le gustaban particularmente las Cartas de San Pablo, y que para hacer que su lectura le fuera fructuosa las leía lentamente, y hacía pausas. Cuando sentía ardor por lo que leía, no seguía adelante sino que se detenía a ponderar el texto. Cuando el sentimiento disminuía, continuaba su lectura, y así hacía pasaje tras pasaje”. Podemos preguntarnos a primera vista, ¿qué especial simpatía pudo haber, excepto que ambos eran santos, entre un humilde sacerdote, sin puesto ni oficio ni talentos extraordinarios, y un gobernador y doctor de la Iglesia, predicador, misionero, un hombre de mundo y un erudi-

to consumado? ¿Por qué las palabras del Apóstol entraban con especial fuerza en el corazón de Felipe, y eran alimento para su alma, en aquella pequeña celda en medio de una ciudad atestada? Pienso que ocurría así, aunque eran diferentes en posición, dones, e historia, porque tenían, sin embargo, algunos elementos de personalidad que eran sorprendentemente comunes a ambos. Los resumiré brevemente en dos puntos y así terminaré.

1. San Felipe Neri ostenta el título de “Apóstol de Roma”. ¿Por qué? ¿Fue un gran teólogo? No; nunca cursó estudios teológicos, pero era suficientemente versado en ellos, y es notable que siendo importantes los estudios de muchos padres de su Congregación, ni uno de ellos, hasta donde sé, ha escrito sobre temas dogmáticos o es una autoridad en ciencias sagradas. ¿Se ocupó en formar grandes santos? No, porque dejando ese gran oficio a otros (como se dice comúnmente de él), en su humildad se volcó a la santificación de hombres ordinarios. No fue un teólogo, ni un escrito ascético, sino que de modo familiar, con preceptos y máximas, con ejemplos biográficos, con lecciones de historia, se dedicó a toda la comunidad, buscando convertir a Dios a todos, fuesen gente encumbrada o baja, y formarlos en los grandes principios, fijando en sus corazones la sustancia y solidez del deber religioso. Vivió en una época, también, donde la literatura y el arte recibían su pleno desarrollo y comenzaba su reinado benigno sobre los pueblos de Europa, y su trabajo no fue destruir o suplantar estos dones de Dios, sino que, con el espíritu de una universidad católica, podría decir, buscó santificar la poesía, la historia, la pintura, y la música, para la gloria del Dador.

Ahora bien, ¿no veis, hermanos míos, que estoy continuando mi explicación sobre el carácter de San Pablo, hablando de un santo moderno que fue su alumno? Porque ciertamente también San Pablo, aunque Maestro inspirado, y en conocimientos teológicos “nada inferior a los grandes Apóstoles” (2 Cor 11, 5), sin embargo en sus

Cartas, en vez de insistir en ciencia y sistema, se dirige principalmente a los corazones de sus discípulos, e introduce doctrina, no tanto por sí misma sino para la práctica. Y por eso, aunque era de modo especial el “Doctor de los gentiles”, el principal ejercicio de su oficio apostólico fue formar el carácter e instruir el corazón, de acuerdo a los versos del Himno:

Egregie Doctor Paule, *mores* instrue,
Et nostra tecum pectora in coelum trahe.³

2. Suficiente acerca del *trabajo* de San Pablo, y el último de estos dos versos sugiere, en segundo y último lugar, su *modo* de realizarlo. Aquí también fue precursor de San Felipe. Uno fue ciertamente gobernante y príncipe en la Iglesia, con la más amplia jurisdicción; San Felipe fue un oculto sacerdote, con la sola jurisdicción de confesor; pero el más elevado y el más bajo coinciden en esto: poniendo a un lado las formas, tanto como fue legítimo hacerlo, y dejando que la influencia tome el lugar de la norma, y la caridad se coloque en vez de la autoridad, atrajeron almas por la belleza interior de ellos, y las mantuvieron cautivas por los afectos regenerados de la naturaleza humana. San Pablo parece haber sentido hacia su tremendo poder apostólico lo que sintió David hacia la armadura de su Rey, y, si bien lo usó por el sentido del

deber, prefirió “las cuerdas de Adán” (Os 11,4), y la voz de la persuasión. Lo que dice en una ocasión a Filemón es una suerte de lema de todo su ministerio: “Aunque tengo en Cristo bastante libertad para *mandarte* lo que conviene, prefiero más *rogarte* en nombre de la *caridad*, yo, este Pablo ya anciano, y además ahora preso de Cristo Jesús” (Fil 8).

No asombra que mi propio Santo, siendo lo que era, haya sentido la más íntima simpatía por un hombre como este, y que, como se recuerda, solo una vez dijo “yo ordeno”, y ganó y guió a sus hijos con su voz, sus ojos y su mirada. No asombra que haya sentido una tierna devoción hacia el corazón amante de este glorioso Apóstol, que fue gentil sobre el pináculo del poder más sublime, alegre tras diez mil desilusiones, y afectuoso y de temperamento dulce en las pruebas de la ancianidad.

Que todos nosotros, queridos hermanos, en nuestra respectiva vocación y situación, seamos partícipes de este mismo don, un don que es especialmente necesario en esta época, un don que está en singular correspondencia con las obligaciones y los objetivos de una Universidad.●—

3 “Pablo, gran doctor, instrúyenos en las costumbres, y atrae nuestros corazones contigo hacia el cielo”. Himno latino para la solemnidad de San Pedro y San Pablo, el 29 de junio.

**Informamos a nuestros Amigos de Newman
que la página web ha sido mejorada y
actualizada.
Los esperamos en
www.amigosdenewman.com.ar**

Newman y la Sagrada Escritura

HENRY WANSBROUGH OSB

TRADUCCION: FERNANDO M. CAVALLER *

En este año [2010], cuando estamos aguardando la beatificación del Cardenal Newman, es apropiado reflexionar sobre su contribución al estudio de la Escritura. Por supuesto, fue en principio un estudioso de los Padres más que de la Escritura. Sin embargo, a pesar de no leer alemán, es asombroso ver en sus conferencias de Oxford qué familiarizado estaba con la innovadora escuela bíblica alemana del momento. Al menos dos de sus contribuciones importantes siguen siendo de relevante interés hoy: sus consideraciones sobre la interrelación entre Escritura y Tradición, y sus reflexiones sobre la inspiración y la inerrancia de la Biblia. La primera cuestión tuvo su climax durante el período en el que Newman estaba haciendo su camino hacia la Iglesia Católica, y la última cuando ya estaba en ella.

1. Escritura y Tradición

Newman recibió su formación religiosa más temprana desde la lectura de la Biblia: “Desde

niño me enseñaron a experimentar gran gusto en la lectura de la Biblia”, dice en la primera página de la *Apologia*. Pero afirma que hay tres grados de la formación intelectual religiosa: “Nuestros padres y maestros son nuestros primeros informantes”, quienes “resignan gradualmente su lugar a la Iglesia en la que nos encontramos”. Segundo, “las Escrituras han sido añadidas como nuevos informantes, dando testimonio a favor de la Iglesia y del sentido moral, y siendo interpretadas por la Iglesia y el sentido moral”. Tercero, “donde hay tiempo y oportunidad para la investigación...la antigüedad cristiana y el cristianismo tal como existe ahora se convierten en informantes adicionales”.¹ Newman mantuvo siempre que las verdades del cristianismo no pueden derivarse entera y solamente de las Escrituras, sino que las Escrituras construyen e informan sobre un *sentido religioso* ya existente, derivado normalmente de una enseñanza primitiva. Nunca pudo aceptar el principio de la *sola scriptura*. Lo dice claramente en la *Apologia*: “El texto sagrado nunca fue intentado para enseñar doctrina sino sólo para probarla, y si queremos aprender doctrina debemos recurrir a los formularios de la Iglesia” (p.132).

La triple estructura del conocimiento religioso continua siendo la base de su pensamiento.

* Conocí al autor, monje benedictino de la Abadía de Ampleforth, Yorkshire, Inglaterra, pocos días después de la beatificación de Newman, durante mi visita a la Abadía. Allí me dio este artículo con el permiso para traducirlo y publicarlo. Ha sido catedrático de la Facultad de Teología de la Universidad de Oxford, miembro de la Pontificia Comisión Bíblica durante once años, y es Editor General de la *New Jerusalem Bible*. Ha escrito muchos libros y artículos sobre temas bíblicos. Escribió el presente artículo en 2010, en los meses previos a la beatificación de Newman, y apareció publicado en *Scripture Bulletin* 2010 (ver www.scripturebulletin.com).

1 *Via Media*, vol 1, p.132.

Así como en el individuo las Escrituras edifican sobre este *sentido religioso* y lo enfocan, dando articulación clara a las creencias y actitudes que pueden haber sido vagas e informes, así en la comunidad cristiana existe un desarrollo de la doctrina en la tradición de la Iglesia. Esta tradición reviste dos formas, que Newman llama episcopal y profética. La primera es esa tradición que se trasmite de obispo a obispo en forma de afirmaciones de fe. La última es la que trasmite y refleja lo que ahora llamaríamos desde el Vaticano II “el profético pueblo de Dios”, teólogos y otros creyentes, que existen principalmente en el seno de la misma Iglesia, tradición “en parte escrita, en parte no escrita, en parte interpretación de la Escritura, en parte complemento de la misma, en parte conservada en expresiones intelectuales, en parte latente en el espíritu y temperamento de los cristianos; vertida sin contención de un lado a otro, en sitios reservados y sobre las azoteas, en liturgias, en obras polémicas, en fragmentos oscuros, en sermones, en prejuicios populares, en costumbres locales”.²

Es esta forma de tradición profética que lleva al desarrollo de la doctrina, permitiendo clarificar y sacar las consecuencias de las Escrituras a quienes están en el seno de la Iglesia. A causa de este constante desarrollo, Newman rechazó eventualmente, o al menos modificó, la clásica formulación del criterio de una verdadera doctrina que procede de Vicente de Lerin, *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus*, por ser una regla de fe demasiado estática. A través de la discusión y la argumentación en el seno de la Iglesia se logran una comprensión más profunda y nuevas formulaciones de doctrina. Los formularios finalmente alcanzados en Nicea, *homoousion* y *theotokos*, no son escriturísticos sino logrados por este proceso de lluvia sobre los tejados de un lado a otro, en las liturgias, etc.³

2 *Via Media*, p.250.

3 Una cuestión intrigante para los biblistas es hasta dónde la teoría del desarrollo de Newman influenció a Loisy, contribuyendo al desastroso bloqueo de los estudios bíblicos católicos

Hay un desarrollo desde el texto escriturístico y una articulación del mismo.

El corazón de la *Via Media* de Newman entre la Iglesia Católica y la Iglesia de Inglaterra es la insuficiencia de la *sola scriptura*. Dos factores muy importantes hacen de la Tradición un suplemento vital de la Escritura. En el *Tract 85*, escrito en 1838, un año después de la *Via Media*, Newman señala la positiva necesidad de la Tradición en razón de las inexactitudes de la Escritura y su naturaleza fortuita.⁴ La Biblia no es la exposición coherente de un cuerpo sistemático de doctrina, sino una colección de libros completamente fortuita que necesita ser complementada e interpretada por la Tradición: “Es como si agarraseis los papeles o la correspondencia de hombres importantes de alguna escuela de filosofía o ciencia, que nunca fueron pensados para la publicación, y los editarais en un volumen... Tendríaís muchas repeticiones, hiatos, cosas que parecen contradicciones, tendríais que trabajar con materiales heterogéneos, y después de vuestros mejores esfuerzos habría mucho desesperadamente oscuro; y, por otro lado, buscarías en vano en semejante colección casual algunas opiniones particulares que se sepa los escritores hayan sostenido o en las cuales hayan insistido”.⁵

Ya en 1833, Newman había escrito en *Arrianos del siglo cuarto* acerca de otro factor que hace de la Tradición un complemento tan im-

que resultaron de la condenación del movimiento católico modernista. Un típico ejemplo de esto es lo que escribió Loisy: “La divinidad de Cristo es un dogma que creció en la conciencia cristiana, pero que no está expresamente formulado en el Evangelio; existió solo germinalmente en la noción de Mesías, hijo de Dios” (Autor d’un petit livre, p.117). Una forma tosca de esto fue condenada en *Lamentabili* 27: Divinitas Jesus Christi ex Evangelii non probatur, sed es dogma quod conscientia Christiana ex notione Messiae deduxit. Ver los artículos de Nicholas Lash y míos en *John Henry Newman and Modernism*, ed. A.H.Jenkins (Verlag Glock und Lutz, Sigmarigendorf, 1990).

4 Entre los ejemplos de la naturaleza fortuita de la tradición que da están los dos relatos de la creación, la triple historia de la mujer del patriarca en el harem del rey, el ayuno de Moisés de 40 días (Éxodo), duplicado en Deuteronomio (*Discussions and Arguments on Various Subjects*, Gracewing, 2004, p. 154-57).

5 *Discussions and Arguments on Various Subjects*, p.126.

portante a la Escritura: el uso muy difundido, desde los escritores más primitivos en adelante, pero especialmente en la tradición alejandrina, de un método de interpretación alegórico o “místico”. La afirmación de Newman es aún hoy una importante respuesta a la insistencia en limitar estrictamente la exégesis a las técnicas histórico-críticas, pues la tradición patrística a menudo parece leer en un texto particular más de lo que puede extraerse por los métodos estrictamente histórico-críticos: “En todas las épocas de la Iglesia, sus maestros no se han mostrado inclinados a confinarse a una mera interpretación literal de la Escritura. Su método de prueba más sutil y poderoso, sea en tiempos antiguos o modernos, es el sentido místico, que es usado tan frecuentemente en la controversia doctrinal como en muchas ocasiones para sustituir cualquier otro” (p.404).

Esta es una importante confirmación de los tradicionales métodos “alegóricos” de exégesis bíblica, tan ampliamente usados en la Iglesia. En el *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina* (1845) dedica una sección entera a la importancia de la interpretación mística (pp.338-342). Se refiere al uso “místico” como una de las señales de continuidad y, por ende, de verdadero desarrollo en la Iglesia. Se remonta a los mismos primeros apologistas de la Iglesia (tales como el Diálogo entre Trifón y Justino en el siglo segundo). Newman cita el versículo del salmo “De mi corazón ha brotado una buena Palabra” (45,2) como una prueba de la divinidad de Jesús, así como textos corrientes de la literatura sapiencial tales como Proverbios 8.22, 30-31. Al apoyar la escuela alejandrina de interpretación alegórica, procedente de Orígenes, llega a condenar a sus oponentes, la escuela antioquena, como “la verdadera metrópoli de la herejía”, la tierra de crianza de Arrio y Nestorio. Los adherentes estrictos de la escuela histórico-crítica a menudo se alejan asustados de este tipo de exégesis. Especialmente en la escuela alejandrina de la exégesis alegórica, como está atestado en Orígenes y seguidores tales como

Jerónimo y Beda, los Padres parecen pensar que están deduciendo doctrinas de los textos que lógicamente no prueban el punto. De hecho están leyendo en el texto enseñanzas que ya habían recibido por otro lado.⁶ Consideran especialmente nombres y números como llevando enseñanzas que están lejos de su significado claro. En este sentido Newman puede decir que la totalidad de la fe católica puede ser probada por la Escritura, aunque “no ha de hallarse en la superficie, ni en tal sentido que puedan obtenerse de la Escritura sin la ayuda de la Tradición”.⁷ Lo más importante, pues, es establecer un grupo de criterios para la verdad como opuestos al falso desarrollo de tradición y doctrina, por los cuales uno pueda juzgar si la tradición es fiel a sus raíces o una distorsión. Newman provee justamente un grupo semejante de siete criterios.⁸ Están llenos de sabiduría y buen sentido, pero la discusión de los mismos no sería relevante aquí.

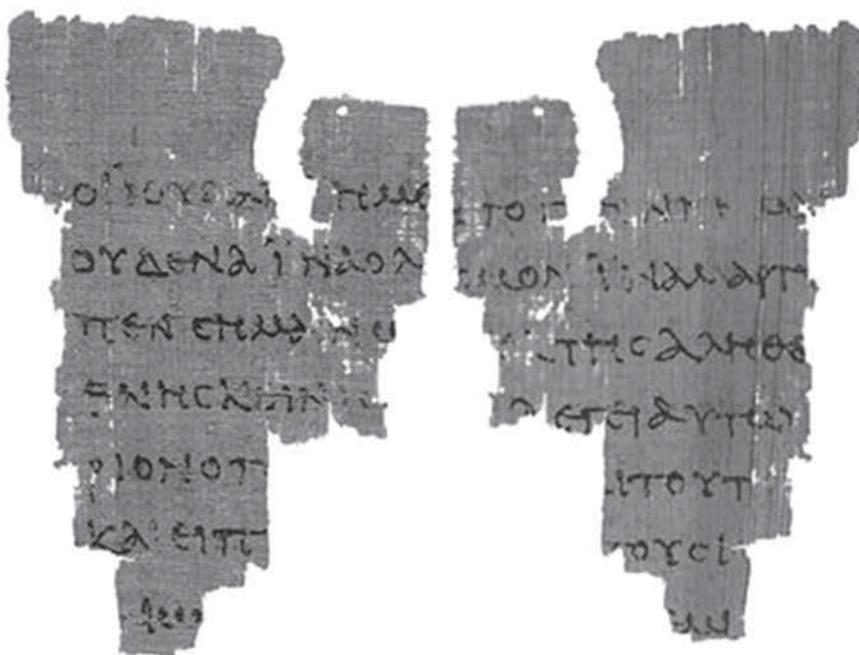
Esta obra de investigación y reflexión fue en gran medida lo que llevó a Newman a ser recibido en la Iglesia Católica. Más importante aún, fue en gran medida esa obra la responsable de superar la dicotomía que dejó abierta el Concilio de Trento, esto es, que había dos fuentes separadas de la revelación y que la verdad cristiana estaba contenida *en parte* en los libros escritos y *en parte* en las tradiciones no escritas. Newman cita esta interpretación de Trento sin comentario en una nota a pie de página en el *Ensayo sobre el desarrollo* (p.339).⁹ El Concilio de Trento había dejado el asunto deliberada y enteramente abierto: “El concilio percibe claramente que

6 Ver mi *Use and Abuse of the Bible* (T&T Clark, 2010), especialmente p.39-45, 69-72.

7 *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina*, p.342.

8 Ver *Use and Abuse of the Bible*, p.151.

9 “Ellos [los Padres del Concilio] sabían bien que la controversia versaba acerca de si la doctrina cristiana se contenía sólo en parte en la Escritura. Pero no se arriesgaron a construir su decreto abiertamente de acuerdo con la moderna visión católica. No se aventuraron a afirmar, como podrían haber hecho fácilmente, que la verdad cristiana ‘se contenía parcialmente en libros escritos, y parcialmente en tradiciones no escritas – Palmer, *On the Church*, vol 2, p.15”.



Este es un pequeño fragmento del papiro Rylands p52. Corresponde a Juan 18:31-33, 33-38. Es el fragmento del manuscrito del Nuevo Testamento más antiguo que existe. Se encontró en Egipto y data de alrededor del 125 d. C. y por lo tanto escrito en griego aproximadamente solo un cuarto de siglo después de la muerte del apóstol Juan. Actualmente se encuentra en la Biblioteca de John Rylands, Manchester, Gran Bretaña.

esta verdad y regla están contenidos en libros escritos y en tradiciones no escritas...o bien que ha llegado hasta nosotros, transmitida desde los mismos apóstoles".¹⁰ El Vaticano II es, sin embargo, bastante claro en que no sólo hay una sola fuente ("Tradicición y Escritura forman juntas un solo depósito sagrado de la palabra de Dios"), sino también en que la Tradición se desarrolla ("Hay crecimiento en la comprensión de lo que está transmitido, tanto de las palabras como de las realidades que ellas significan").¹¹ Uno de los grandes debates del Concilio fue sobre la suficiencia de la Escritura en extensión de contenido si la Tradición agregó algo que no estaba en la Escritura. En ocasiones esto llevó a debates caldeados y aún personalmente mordaces.¹² El obispo Butler señala qué cerca están los términos del consiguiente decreto al pensamiento de Newman en el *Ensayo sobre el desarrollo*¹³. Sería

ridículo sugerir que la obra de Newman sobre la mutua interpretación de Escritura y Tradición fue la única influencia que llevó a estas formulaciones, pero las fórmulas son tan cercanas a él que la obra de Newman ha debido jugar un papel importante. La exagerada alabanza concedida a Newman (el papa Pablo VI incluso pasó del italiano al inglés), sólo unos pocos meses después del debate mencionado,¹⁴ en la beatificación de Domingo Barberi, que recibió a Newman en la Iglesia, muestra el honor en que era tenido en el Concilio. El papa concluyó llamándolo "una autoridad tan alta de un tiempo como el nuestro".¹⁵

2. Inspiración e inerrancia

Uno de los grandes problemas del cristianismo en el siglo XIX fue la inspiración e inerrancia de la Biblia. El siglo anterior había estado emergiendo aún de un mundo en el cual la Biblia era la principal autoridad en todas las cosas; era, después de todo, la Palabra de Dios. El problema surgió en su forma más aguda por los descu-

¹⁰ *Decrees of the Ecumenical Councils*, ed. Norman Tanner (Sheed & Ward, 1990), p.663.

¹¹ *Ibid.*, p-976, 974)

¹² G.Alberigo, *History of Vatican II* (Orbis, 1997), vol 2, p.386-7).

¹³ "Newman and the Second Vatican Council", en *The Rediscovery of Newman*, ed. J.Coulson and A.M.Allchin (SPCK, 1967), p.238.

¹⁴ El debate tuvo lugar en febrero de 1963.

¹⁵ *Acta Apostolicae Sedis* 25, 27 de octubre (1963), p.1025.

brimientos geológicos que comenzaron a indicar la inmensa edad del mundo, a destronar el dato aceptado del cálculo del arzobispo Ussher, publicado en 1658, que afirmaba la creación del mundo en la tarde del 23 de octubre del 4004 antes de Cristo. La autoridad e influencia de este cálculo se ve por el hecho de que en el siglo XVIII fue impreso a menudo como una nota en las Biblias. Los descubrimientos geológicos fueron reforzados en el siglo XIX por datos literarios y arqueológicos que arrojaron dudas sobre la historicidad literal de la Biblia. Las conferencias de Newman a estudiantes de Oxford en la década de 1830, especialmente sobre los relatos de la creación, muestran su familiaridad con estos nuevos datos científicos y literarios. Sin embargo, fue la publicación de los hallazgos de Darwin en *El origen de la especie* de 1859 que hizo notar al público en general la dificultad de continuar aceptando los relatos primitivos del libro del Génesis como un relato genuino de la historia temprana de la raza humana. La tormenta tuvo una nueva intensidad en 1860 con la publicación *Ensayos y análisis*, en la cual siete autoridades académicas tomaban en serio estos hallazgos y mostraban que debían ser responsablemente discutidos.

Menos conocida, quizás, es la reacción católica, de la cual pueden darse tres ejemplos. Poco después de la publicación *Ensayos y análisis*, uno de sus autores, Mark Pattison, se vio intimado al encontrarse en el mismo coche del tren en que viajaba la ya famosa figura de Newman. Y escribió: “Estaba aterrado sobre cómo me consideraría como consecuencia de lo que yo había escrito. Pero mis temores fueron rápidamente alejados. Culpó severamente el haber lanzado semejantes especulaciones sobre el público en general. Fue, dijo, perturbar su fe sin ofrecerles nada en qué apoyarse. Pero no dijo una palabra de censura por la libertad de la especulación teológica asumida por el ensayo”.¹⁶ De hecho,

Newman consideró todo el problema encarado por *Ensayos y análisis* como irrelevante para un católico “porque no es para él la Biblia sino la Iglesia el oráculo y el órgano de la Revelación”.¹⁷

En segundo lugar, después de un digno intervalo de la publicación del ensayo, John Cuthbert Hedley, editor del *Dublín Review* (pronto devenido el muy respetado obispo de Menevia), escribió un largo ensayo titulado “Evolución y fe”, dedicado a una seria discusión de las publicaciones aparecidas.¹⁸ Se acerca mucho a la solución actual aceptada de los géneros literarios diciendo: “El significado literal de la Sagrada Escritura no siempre yace en la superficie, o incluso en el sentido en que es popularmente adherido a las palabras del texto” (p.9). Si el significado no yace en la superficie debe haber un significado oculto intentado por el autor y que espera ser descubierto. Sobre un punto Hedley señala que, a pesar de los seis días de la narración, Agustín está de acuerdo con los hallazgos de la ciencia moderna, pues no toma los seis días o fases de la creación como un relato literal, e histórico. Sostiene que la totalidad de la creación ha sido simultánea, “la primera fundación del universo fue completada instantáneamente” (p.14).

Una tercera y notable reacción católica fue diez años después un artículo en el *Dublín Review*,¹⁹ “Los días de la semana y la obra de la Creación”, del obispo William Clifford de Clifton. Clifford trata el primer capítulo del Génesis como un himno de la creación, cuyo propósito fue contestar a la dedicación egipcia de cada uno de los días de la semana a deidades distintas. Sobre el valor histórico de la narración escribe: “Las afirmaciones hechas en el capítulo 1, vistas como historia, son de naturaleza tan asombrosa como para excluir la suposición de que el autor intentó que fueran así entendidas” (p.323). Aunque uno

17 Carta del 24 de marzo de 1861.

18 *Dublín Review* 17, Julio 1871, p.1-40.

19 *Ibid*, vol 5, 1881, p.311-32)

16 Citado en *Letters and Diaries of John Henry Newman*, vol XIX, p.477, fn 3.

no puede estar de acuerdo en que esta es la intención del escritor sacerdotal, el punto importante es que la solución al problema de la historicidad se alcanza por medio de la intención del autor. Estas investigaciones católicas ocurrieron en los días anteriores a que los eruditos católicos fueran arruinados por el desastre del movimiento modernista y la reacción romana al mismo. Fueron, quizás, relámpagos de luz que no pudieron iluminar el paisaje general.

De todas formas, Newman se acercó a la cuestión principalmente desde el punto de vista de la inspiración, un tema que, de acuerdo a J. Seynaeve,²⁰ le obsesionó durante toda su vida. Es importante recordar la curiosa condición mecánica de las teorías sobre la inspiración en esos tiempos. Las teorías corrientes de inspiración incluían aquellas de la paloma y de la lira. La primera ve al Espíritu Santo en forma de paloma posado en el hombro de los autores, es decir, básicamente una teoría del dictado. La segunda es que Dios “tocó” a los autores humanos de las Escrituras al modo como un músico toca la lira. Esto puede hacerse corresponder con la visión tomista de que Dios es la causa principal de la inspiración y el autor humano la causa instrumental. Un avance en esta teoría fue el de J.B. Franzelin, responsable de redactar el esquema sobre la revelación para el Vaticano I, en el que Dios da al autor humano el material, pero le deja expresarlo, preservándolo meramente del error. De acuerdo a esto, el Vaticano I rechazó sólo dos teorías sobre la inspiración: la de Lessius que afirmaba que la inspiración consistió simplemente en la subsecuente adopción por parte de la Iglesia de un libro escrito por esfuerzos meramente humanos, y la de Hahn que afirmaba una asistencia negativa donde el Espíritu Santo excluyó solamente cualquier error (Denzinger 1787). Otras cuestiones el Concilio las dejó abiertas con la fórmula *Spiritu Sancto*

inspirante Deum habent auctorem (“a través de la inspiración del Espíritu Santo tienen a Dios como autor”).

Casi una década antes, en 1861-3, Newman estuvo trabajando sobre la cuestión de la inspiración como parte de un proyecto para los *Prolegómenos* a la traducción de la Biblia que le había pedido la jerarquía católica. Al final tanto la traducción como los *Prolegómenos* fueron abandonados. Pero en 1953 J. Seynaeve publicó una transcripción de una notas incompletas de Newman para los *Prolegómenos*, que habían quedado en el Oratorio de Birmingham. Son suficientes para mostrar cómo trabajaba su mente al respecto. El punto más importante es que él atribuye la inspiración no a los libros mismos sino a los autores. Resuelve el problema de las inexactitudes sosteniendo que esta inspiración está ciertamente expresada en todas las partes de la Biblia pero no totalmente (*tota sed non totaliter*). Coincide con Orígenes en una ocasional impaciencia con el sentido literal de la Biblia manteniendo que existen pasajes donde el sentido místico, más bien que el literal, es el que está inspirado. En su artículo del *Supplement* para el *Dictionnaire de la Bible* Seynaeve lo resume así: “Gracias a la divina inspiración, el Espíritu Santo ha dado a la Escritura un significado divino, y es la tarea de la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, descubrir este significado divino, sea por la mediación de los fieles o por la enseñanza de la autoridad, que nos da verdadera certeza. Claramente, esta nueva teoría proveyó a Newman los medios de reconciliar la Biblia con los datos de la ciencia. Sin embargo, esto fue relativamente exitoso, porque cuando repensó el problema en 1884 Newman abandonó esta teoría” (col.440). De todos modos, Newman retiene el importante punto de partida de que la inspiración toca a toda la Biblia.

En el Ensayo de 1884, después del Vaticano I, Newman toma un rumbo un poco diferente. Primero dice (#11) que “parece indigno de la divina grandeza que el Altísimo, en Su revelación

20 *Dictionnaire de la Bible*, Supplement VI (Paris, Letouzey, 1960), s.v. Newman, col.430.

de Sí mismo, deba encargarse de funciones meramente seculares, y asumir el oficio de un narrador como tal, o un historiador, o un geógrafo, excepto cuando los asuntos seculares conciernan directamente a la verdad revelada”. Esto podría abrir la puerta al parecer de que los meros detalles fácticos e históricos no están tocados por la inspiración. Y esta parece ser lo que quiere decir, pues continúa acentuando que Trento por cuatro veces “insiste sobre ‘la fe y la moralidad’ como el ámbito de la enseñanza inspirada” (#12), sin decir una palabra directamente sobre su inspiración en asuntos de hecho. De todos modos, Newman rehúsa limitar el ámbito de la inspiración, pues continúa diciendo que toda la historia en la Biblia no es sino la manifestación de la Divina Providencia, interpretación de la historia universal y preparación para la dispensación del evangelio. “Sus páginas respiran providencia y gracia, de nuestro Señor, y de Su obra y enseñanza, de principio a fin...Desde este punto de vista, la Escritura está inspirada, no solamente en lo que respecta a la fe y la moral, sino en todas sus partes que conciernen a la fe, incluyendo asuntos de hecho” (#13). Newman es cuidadoso en no limitar la inspiración a cuestiones de fe y moral, e incluir toda la gama de la Escritura como relatando la historia de la auto-revelación de Dios en sus relaciones con la raza humana. Para la plena revelación de Dios se necesita la historia completa. La historia completa debe estar, pues, inspirada.

La fórmula en la última frase de Newman citada arriba es sorprendentemente próxima a la fórmula de la *Dei Verbum* del Vaticano II: “Los Libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para nuestra salvación”.²¹ Solamente “para nuestra salvación” toma el lugar de “conciernen a la fe”. En una redacción anterior la fórmula era “verdad salvífica”, quizá aún más próxima; fue eventualmente rechazada porque

sugería a algunos de los padres conciliares que solamente las verdades de fe y moral estaban siendo incluidas.

Tiene que ser tratado aún el problema de la inerrancia, y aquí la solución no está todavía suficientemente clarificada. La solución de Newman reposa en la teoría de los *obiter dicta*. Robert Murray sugiere sabiamente²² que él sigue aquí a William Holden, cuyo libro había leído ciertamente en 1846, y que hace suyo hasta la muerte. Holden distinguía y eximía de la divina revelación “aquellas cosas que están escritas *by the bye* o hacen referencia a algo más que no concierne a la religión”. Newman tradujo la expresión de Holden ‘*by the bye*’ como ‘*obiter dicta*’, cosas dichas casualmente. El clásico ejemplo que aparece por todas partes en el escrito de Newman es la afirmación en el libro de Judit de que Nabucodonosor era rey de Nínive, cuando de hecho era rey de Babilonia, pero a esto Newman añade coherentemente: “asuntos insignificantes que parecen apenas dignos del Espíritu Santo, como por ejemplo lo que se dice del perro de Tobías, la capa de San Pablo, y las saluciones al final de las Cartas” (1884 *Essay*, #26). Entre las inconsistencias entre libros de la Biblia Newman cita también algunos asuntos como las discrepancias al referir algún hecho entre el libro de los Reyes y el de Crónicas, y en el Nuevo Testamento entre los detalles de la curación de Bartimeo de Jericó (un ciego o dos, al arribar o al dejar Jericó).

“Asuntos insignificantes que parecen apenas dignos del Espíritu Santo” no queda enteramente claro, pues no ofrece fundamentos para juzgar qué es importante y qué está “escrito *by the bye*” (Holden) o “apenas dignos del Espíritu” (Newman). Usted puede juzgar lo que está dicho al azar y lo que es importante en el orador o en el escritor sólo si el propósito o el objetivo del orador está establecido primero. El valor de una

²¹ *Dei Verbum* 11.

²² *On the inspiration of Scripture* by John Henry Newman, ed. J. Derek Holmes and Robert Murray (Geoffrey Chapman, 1967), p.68.

observación depende no de su longitud o de su intención, sino de la sabiduría que expresa. Una sola cosa dicha al azar puede ser más memorable que un párrafo irreflexivo. La distinción es similar, pero menos claramente razonada, que la distinción de Crisóstomo entre *kephalaia*, ‘asuntos de capital importancia que sustentan nuestra vida y que unifican nuestra predicación’, y los detalles (*ta mikra*).²³ Esto tiene la ventaja de relacionar el asunto al propósito religioso del escrito. Sin embargo, fue el contemporáneo más joven de Crisóstomo, Agustín de Hipona, quien dio en el clavo con su frase *Nihil aliud quarendum esse quam quid velit qui loquitur* (‘No se debe buscar nada más que la intención del orador’, *PL* 34.1092). Esto introduce finalmente la intención del autor, ciertamente las de ambos autores, el divino y el humano, y lleva directamente a la solución de los géneros literarios. La Biblia es literatura religiosa, no ciencia o geología. Esta actitud está cuidadosamente expresada en la declaración *Dei Verbum* del Vaticano II #11: “Los Libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para nuestra salvación”. El documento luego manda al intérprete investigar cuidadosamente “lo que los autores querían decir y Dios quería dar a conocer con dichas palabras” (#12).

Sobre la inspiración, pues, Newman estaba a dos dedos de la solución de *Dei Verbum*, pues su afirmación de que toda la historia en la Biblia no es sino una manifestación de la Divina Providencia, interpretativa de la historia universal, es muy aproximada a la idea de Dios que

quiere transmitir verdades para nuestra salvación. Sobre la inerrancia estuvo menos cerca de la marca, pues para caracterizar dichos o relatos como *obiter dicta* no ofrece una explicación suficientemente razonable de por qué los *obiter dicta* no puedan ser inerrantes y puedan de hecho ser errados. Más particularmente, es difícil caracterizar los seis días de la creación o “los muros de agua a la izquierda de ellos, los muros de agua a la derecha de ellos” en el cruce del mar (Éxodo 14,22) como *obiter dicta*. Para esto fue necesario esperar la solución abrazada por *Dei Verbum* #12, esto es, los géneros literarios, aunque esto había sido ya sugerido antes en el artículo del obispo Clifford en la *Dublín Review* de 1881. Es sorprendente que desde 1883 en adelante Newman mantuvo correspondencia frecuente y amigable con el obispo Clifford. Lo felicita calurosamente por su artículo, e incluso le envía sus ‘notas’ sobre la inspiración. Reconoce que el artículo del obispo “abre la puerta”,²⁴ pero no parece hacer uso alguno del artículo en su propio texto.

Addendum:

Resta un punto, que encuentro completamente inexplicable y no característico, la propia afirmación de Newman: “Existe un ejemplo en la Escritura de inspiración divina sin un medio humano: el Decálogo fue escrito por el mismo dedo de Dios. Él mismo escribió la Ley sobre tablas de piedra” (*Essay*, 1884, #19, también aludido en *Essay* 2 #33). Semejante actitud fundamentalista cae extraña al resto de la obra. ●—

23 Ver J.D. Quinn, ‘St John Chrysostom on History in the Synoptics’ (CBQ 24, 1962, 140-147), que cita del Crisóstomo en PG 57, cols 16-18.

24 *Letters and Diaries of John Henry Newman*, vol XXX, p.175, carta del 20 de enero de 1883.

Consolación

“Soy Yo; no tengáis miedo”¹

*Cuando me hundan el miedo o la tristeza,
Marchita la esperanza, o demorada,
Consolará mi alma aquel susurro:
“Soy Yo; no tengáis miedo!”*

*O si espantados por un viento repentino
Mis pensamientos pierden el sosiego
Como un bálsamo para curar mi herida
Se ha de derramar aquello tuyo:
“No temas, pues soy Yo!”*

*Ni dejaré tu senda aunque me cierre
El enemigo el paso; pues en cada
Áspera voz oiré la contraseña,
“No temas!... un amigo!”*

*Y ¡ah! Cuando el sonido
De la clara trompeta para el juicio
Me llame de la tumba pueda
Advertir en su eco:
“Es Cristo: viene a salvar”.*

*En el mar
23 de junio de 1833*

Consolation

“It is I; be not afraid.”

*When I sink down in gloom or fear,
Hope blighted or delay’d,
Thy whisper, Lord, my heart shall cheer,
“ ‘Tis I; be not afraid!”*

*Or, startled at some sudden blow,
If fretful thoughts I feel,
“Fear not, it is but I!” shall flow,
As balm my wound to heal.*

*Nor will I quit Thy way, though foes
Some onward pass defend;
From each rough voice the watchword goes,
“Be not afraid! ... a friend!”*

*And oh! When judgment’s trumpet clear
Awakes me from the grave,
Still in its echo may I hear,
“ ‘Tis Christ; He comes to save.”*

*At sea
June 23, 1833.*

1 (Mt 14, 27; Mc 6,50; Jn 6, 20)

El Espíritu Santo y el misterio de la Iglesia en la conversión de Newman

FERNANDO MARÍA CAVALLER

El metodismo, que era la porción más protestante dentro del anglicanismo, representó en el siglo XVIII el “despertar” (*awakening*), así llamado, basado en la conversión interior por obra del Espíritu Santo y el nuevo nacimiento. La regeneración, la verdadera santificación no venía con el bautismo sino con la conversión del adulto. Era un pentecostalismo que contrastaba con la frialdad de la Iglesia Alta. Lo mismo sostenía el evangelismo, de raíz más calvinista. Newman reconocía sus valores espirituales, pero lo rechazaba con energía desde la fe, porque para él la conversión no era un proceso emocional. Recordemos sus palabras: *religión como mero sentimiento es para mí un sueño y una burla, sería como haber amor filial sin la realidad de un padre, o devoción sin la realidad de un ser supremo.*¹ La primera conversión había sido a una religión dogmática, con un contenido. La fe era respuesta al Dios revelado, es decir, al Dios trinitario.

Varios sermones suyos fueron contra este emocionalismo o “entusiasmo” superficial, como el titulado *Emoción religiosa*, donde dice: *Sin duda no es un pecado sentir a veces apasionadamente sobre la religión; es natural en algunos y bajo ciertas circunstancias es plausible en otros. Pero es accidental. Como regla general, cuanto más religiosos son los hombres más calmados se vuelven; y en todo tiempo el principio religioso*

*visto en sí mismo es calmo, sobrio y deliberado. Por supuesto, dice, algunos hombres tienen una imaginación ardiente y sentimientos fuertes, y adoptan un modo vehemente de expresarse. No hay duda de que es imposible hacer que todos los hombres piensen y sientan igual. Lo que yo digo es que ese ardor no hace por sí mismo que tengan una fe más profunda y más genuina...que deben estar atentos para no considerarlo una prueba de su seriedad real en vez de seguir de cerca su conducta para buscar los frutos satisfactorios de su fe. Hacia el fin dice: Volvámonos hacia nuestro Gran Modelo, Jesucristo...¿Cuándo nos dio un ejemplo de devoción pasional, o deseos entusiastas, o palabras intemperadas? Todo esto describía ese modo religioso de metodistas y evangélicos, que eran llamados “entusiastas”. Nos dará más consuelo en nuestro lecho de muerte reflexionar sobre una sola acción de misericordia abnegada, de pureza, o de humildad, que acordarnos de muchas lágrimas derramadas, y frecuentes transportes y mucha exaltación espiritual. Estos sentimientos van y vienen...pero las buenas acciones son los frutos de la fe, aseguran que somos de Cristo y nos consuelan como evidencia de que el Espíritu obraba en nosotros. Por ellas seremos juzgados en el último día.*²

En cambio sí le influyó positivamente un libro de William Law, un clásico del siglo XVIII anglicano, que leyó de muy joven: *Un llamado*

¹ Apo, 75.

² PPS1,14.



San Gregorio de Nisa (c.330-c.400)

serio a una vida santa, que partía de la doctrina del nuevo nacimiento por el Espíritu que está en San Juan, e inculcaba el cultivo de hábitos de santidad, de pedir la efusión del ES, y métodos de oración, etc. De todos modos, la lectura más influyente fue la de los Santos Padres, comenzada a los 27 años. Allí encontró el pensamiento de San Atanasio, San Basilio y San Gregorio de Nisa acerca de la santificación interior del hombre justificado, y la divinización del cristiano por la Gracia “increada”. Mientras que en Occidente la gracia hasta ese momento era pensada más como remedio contra el pecado, en la tradición oriental de los Padres griegos era una cualidad elevante del alma. Newman, en muchos sermones y ensayos pondrá el acento en nuestra divinización y en la inhabitación del Espíritu Santo que la acompaña.

San Gregorio de Nisa, que escribió “La vida de Moisés”, fue, como sabemos, el que intervino en el primer Concilio de Constantinopla sobre la divinidad del Espíritu Santo, igual al Padre y al Hijo. Newman estudiaba a fondo aquel largo proceso de controversias en la Iglesia de los Padres, y hacía como ellos teología espiritual de la teología dogmática, sin separarlas. A la vez era teología bíblica, y siempre atenta a la liturgia como lugar teológico, también como hacían los Padres. Desde allí fundamentó su concepción sobre la espiritualidad, que para la fe cristiana no puede ser otra que la obra del Espíritu Santo en nosotros, que vivir según el Espíritu. Además, los Padres le ayudaron a salir de las doctrinas de Calvino sobre la predestinación y la inspiración individual para interpretar la Escritura.

Newman trata principalmente la inhabitación del Espíritu Santo en nosotros, en la santificación directa obrada por el Espíritu Santo, como gracia increada. Hay un sermón de Pentecostés, *La inhabitación del Espíritu*,³ que comenta el texto de Romanos: *Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros (8, 9)*, y comienza así: *Dios Hijo ha querido misericordiosamente revelar al Padre a Sus creaturas desde fuera. Dios Espíritu Santo lo ha hecho por comunicación interior. Y agrega inmediatamente: ¿Quién puede comparar estas obras de condescendencia separadas, ambas más allá de nuestra comprensión? Podemos sólo adorar silenciosamente al Infinito Amor que nos rodea de ambos lados... La condescendencia del Espíritu Santo es tan incomprensible como la del Hijo. Ha sido siempre la secreta Presencia de Dios dentro de la creación: una fuente de vida en medio del caos, formando y ordenando lo que al principio era informe y vacío, y siendo la voz de la Verdad en los corazones de todos los seres racionales, para que armonizaran con las indicaciones de la ley de Dios, que recibieron exter-*

3 PPS II, 19.

namente. De aquí que se le llame especialmente Espíritu “dador de vida”, como si fuera, el Alma del universo natural, la Fuerza de los hombres y las bestias, el Guía de la fe, el Testigo contra el pecado, la Luz interior de patriarcas y profetas, la Gracia habitando en el alma cristiana y el Señor y Gobernador de la Iglesia.

Señalando luego lo que el Espíritu hizo en el Antiguo Testamento, dice que es *nada comparado con la gracia insuperable con que son honrados los cristianos, ese gran privilegio de recibir en sus corazones, no los meros dones del Espíritu, sino Su misma presencia, Él mismo, por una inhabitación real, no figurativa.*

Pero todo esto no es algo separado de la acción de Cristo. *El Don celestial no es llamado simplemente Espíritu Santo o Espíritu de Dios sino Espíritu de Cristo, de modo que quede claramente entendido que viene a nosotros desde y en vez de Cristo. Así dice San Pablo: “Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo” (Gal 4, 6), y nuestro Señor sopló sobre Sus apóstoles diciendo: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20, 22) y en otra parte les dice: “Si me voy os lo enviaré” (Jn 16, 7), De acuerdo a esto “El Espíritu Santo de la Promesa” es llamado “prenda de nuestra herencia” (Ef, 1, 14), “sello y prenda” de un Salvador invisible, garantía presente de Aquel que está ausente, y más que garantía, porque una prenda no es una mera señal de lo que se cumplirá, como la garantía, sino algo que anticipa lo que un día será dado en plenitud. Cristo mismo permanece con nosotros por la sustitución de Su Espíritu, tanto en la Iglesia como en las almas de los individuos cristianos.*

El Espíritu Santo es el *Espíritu de Cristo*. Hoy esto no siempre se recuerda. Las llamadas “teología pluralistas” establecen un plan salvífico que pasa por el Logos encarnado, es decir, por Jesucristo, y otro plan alternativo propio del Espíritu Santo, casi como un plan de emergencia, para los que no conocen a Cristo. Algunas directamente rechazan identificar al Logos con Cris-

to, hablando de otras encarnaciones. Pero aun las que no llegan a tanto, no comprenden que no hay acción del Espíritu Santo que no sea la del Logos que es Cristo, y que siempre nos lleva a Cristo. No se puede quebrar de este modo la unidad de la Trinidad. La idea de que allí donde parece fracasar Jesucristo venga a resolver las cosas el Espíritu Santo es lo que ha promovido en la práctica una disminución de la acción misionera, pero también una desviación de la auténtica espiritualidad cristiana, que nunca puede prescindir de la persona del Señor para esperar “directamente” o “exclusivamente” o “separadamente” una presencia del Espíritu Santo. En definitiva la espiritualidad cristiana es siempre trinitaria, sea que la veamos como acción de Dios, sea que la veamos como respuesta nuestra orante. Ni al Padre sino es por Cristo, ni al Espíritu sino es con Cristo. La forma orante de la tradición de la Iglesia, al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo, responde a la revelación salvífica que se ha dado desde el Padre, por Cristo, en el Espíritu.

Volviendo al sermón, dice: *Podemos ver que el Salvador, una vez entrado en este mundo nunca se fue de él dejando que las cosas siguieran igual que antes que viniera. Él todavía continúa con nosotros, no simplemente en sus dones, sino por medio de su Espíritu Santo en lugar de Él. Dicho de otro modo, La presencia corporal de Cristo, que estaba limitada a un lugar...se cambió en la pluriforme inhabitación del Consolador entre nosotros⁴.*

Pero este modo de hablar, *en lugar de*, o *se cambió en*, no significa ausencia sino mayor presencia. En el sermón *La presencia espiritual de Cristo en la Iglesia*,⁵ dice: *El Espíritu Santo no ha venido para suplir la ausencia de Cristo sino para consumir su presencia. Mejor respuesta a la soteriología pluralista imposible. Donde está el Espíritu, está necesariamente el Hijo: No su-*

4 PPS II, 19.

5 PPS VI, 10.

pongamos ni por un momento que Dios Espíritu Santo viene en el sentido de que Dios Hijo se queda lejos. No. No ha venido de manera que Cristo no venga, sino al contrario, llega para que Cristo pueda venir con su llegada. Por medio del Espíritu Santo tenemos comunión con el Padre y el Hijo...El Espíritu Santo causa la inhabitación de Cristo en el alma, la fe de la bienvenida. De modo que el Espíritu no quita el lugar de Cristo en el alma, sino que le asegura ese lugar.

Siguiendo con la lógica de que el Espíritu Santo hace presente a Cristo, Newman dice en el sermón *Nobleza cristiana: A partir de su Ascensión, en lugar de conversación espontánea, hubo ritos instituidos; en lugar del acompañamiento habitual, hubo ministerios sacramentales; en lugar de preguntas de cada uno, hubo silenciosa obediencia; en lugar de sentarse a la mesa, hubo gesto de adoración; en lugar de comer y beber, hubo ayuno y vigilia...Ésta fue la visión del Salvador glorificado, que volvía a sus redimidos en el poder del Espíritu, con una Presencia más penetrante porque era más íntima, y más real por ser más escondida.*⁶ Y en el sermón *Cristo escondido del mundo*, insiste: *la venida del Espíritu Santo es tan realmente Su venida [la de Cristo], que si negáramos que Él está aquí ahora, cuando lo está por su Espíritu Divino, sería lo mismo que decir que no estuvo aquí en los días de su presencia visible en el mundo.*⁷

Lo que hace el Espíritu Santo en nosotros es hacernos participar de los frutos de la obra de Cristo, y a la vez configurarnos con Él. Dice en el sermón *La justicia no de nosotros, sino en nosotros:*⁸ *Al Espíritu se le confía aplicar a cada uno de nosotros por separado todo lo que Cristo realizó por todos...Lo que Cristo hizo efectivamente en la carne, mil ochocientos años atrás, se obra realmente en nosotros, uno por uno, hasta*

el fin de los tiempos....El mismo Cristo nos otorga repetir en cada uno de nosotros en figura y misterio todo lo que Él hizo y sufrió en la carne. Él está formado en nosotros, ha nacido en nosotros, sufre en nosotros, resucita de nuevo en nosotros, vive en nosotros; y esto no por una sucesión de acontecimientos, sino todos a la vez: pues viene a nosotros como Espíritu, y todos morimos, todos resucitamos de nuevo, todos vivimos.

Lo que hace en nosotros el Espíritu Santo es inefable. *Un animal difiere menos de un hombre que un hombre dejado a sí mismo con su natural corrupción difiere de otro ser humano que haya sido plenamente formado y perfeccionado por la inhabitación habitual del Espíritu Santo.*⁹ En resumen, que *el Espíritu Santo es nuestra vida.*¹⁰ Meditemos en nuestra identidad cristiana obrada por el Espíritu Santo en el bautismo, y en la identidad sacerdotal que obrará en la ordenación en el momento de la imposición de las manos. Meditemos en lo que hace el Espíritu Santo en la epiclesis de la Misa y en la misma consagración.

La meditación de su época católica, *El Paráclito*,¹¹ es una síntesis orante de lo que hemos leído en sus sermones anglicanos. Lo contempla como *Vida de todas las cosas*, como *Vida de mi alma*, como *Fuente de amor*, y como *Vida de la Iglesia*.

Estos títulos ya nos dicen que la acción del Espíritu que inhabita en el alma no tiene solamente un efecto en ella de modo individual, sino que precisamente al unirla a Dios la une también a los demás, por razón del mismo Amor. Y entonces es Fuente de la comunión con Dios y de la comunión entre los hombres. Dice Newman en un sermón *Nos une a todos los seres santos, así como antes teníamos relación con el mal. Restaura para nosotros ese vínculo roto, que*

6 Subj, 11.

7 PPS IV, 16,

8 PPS V, 10.

9 PPS V, 179.

10 PPS IV, 173.

11 MD 10.

*viniendo de lo alto junta en una familia santa todo lo que en cualquier lugar es santo y eterno, y lo separa del mundo rebelde que va hacia la nada. Siendo, entonces, hijos de Dios y uno con Él, nuestras almas ascienden y claman a El continuamente.*¹² La familia santa es, por supuesto, la Iglesia.

En cuanto al Espíritu Santo en la Iglesia, Newman supera de entrada (en el Movimiento de Oxford), la concepción protestante de las dos Iglesias (Iglesia visible institucional e Iglesia invisible de los corazones y elegidos): *En la Iglesia visible se moldea y madura gradualmente la Iglesia invisible. Es formada lenta y variadamente por el Santo Espíritu de Dios... El Espíritu ha tomado su morada en la Iglesia, y ésta llevará siempre en su exterior los signos de su escondido privilegio.*¹³ *La Iglesia dejaría de ser Iglesia si no es en el Espíritu.*¹⁴ *Es a través de su Espíritu como Cristo habita en ella.*¹⁵

Su sermón *El don del Espíritu*,¹⁶ comenta el texto paulino: “Todos nosotros, si con el rostro descubierto contemplamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados, de gloria en gloria, en la misma imagen como del Señor que es Espíritu” (2 Cor 3, 18). El sermón causa una impresión inusual en la teología y predicación de Occidente, porque se siente la influencia de los Padres Griegos, especialmente de Gregorio Nacianceno, y sus “Oraciones teológicas”. Es un texto místico, que contempla los misterios de Cristo, según San Pablo y San Juan. Habla de Moisés y de su deseo de *ver la gloria de Dios*, y cómo *cuando descendió del Monte “la piel de su rostro brillaba”*. Y Dios le dijo, *‘Juro por mi vida que toda la tierra estará llena de mi Gloria’*. Y estas profecías se cumplieron cuando vino



San Gregorio Nacianceno (329-389)

Cristo, porque como dice San Juan, “*hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único*” (Jn 1, 14). El mismo Cristo, en su oración al Padre dice: “*Yo les he dado la gloria que Tu me diste*” (Jn 17, 22). De aquí lo que dice San Pablo: que seremos transformados en la gloriosa imagen de Cristo, por Su Espíritu. El don del Espíritu es el don de la Gloria. *Observad la conexión cercana y continua que existe [en el Nuevo Testamento] entre el “Espíritu”, la “gloria”, y el “cielo”*. Es decir, el Espíritu Santo, que nos ayuda a experimentar todos los actos salvíficos de Cristo, consume su obra haciendo nuestra esa “gloria” que es el esplendor de la vida divina en su belleza trascendente: la “belleza de la santidad”. En ella consiste la bienaventuranza eterna, la gloria, la participación de la vida divina, de la belleza increada. Y Newman dice que esta es *la gloriosa dispensación bajo la*

12 PPS II, 19.

13 PPS III, 243.

14 PPS III; 224

15 PPS IV, 173, y Subj, 97.

16 PPS III, 18, 1835.

cual vive la Iglesia. Y en sermón que sigue inmediatamente¹⁷ dice: Tal como hay un solo Espíritu Santo, así también hay un solo Cuerpo visible de cristianos...y un solo Bautismo que admite a los hombres a formar parte del mismo. Esto es implicado en el texto de San Pablo: “Todos hemos sido bautizados por el mismo Espíritu para formar un solo cuerpo”. En su época, la eclesiología, al menos la romana, era institucional y jurídica, como herencia de su oposición al protestantismo que insistía solamente en lo espiritual. Newman se resistió a ambas visiones y desarrolló una eclesiología sacramental, que seguía la lógica de la Encarnación unida a la del Espíritu Santo. Es decir, la Iglesia como “misterio”.

De ella habla en el sermón La Iglesia visible e invisible:¹⁸ es un cuerpo visible, dotado de...o existente a base de dones invisibles, pero la Iglesia dejaría de serlo si el Espíritu Santo la abandonara, ya que sus ritos y formas exteriores son nutridos y animados por la fuerza interior que habita en ella...Podemos hablar de Iglesia visible e invisible en cierto sentido, como de dos aspectos de una misma y única cosa, distintos sólo en nuestros espíritus y no en la realidad [siguen ejemplos]. Lo mismo ocurre aquí. La Iglesia se llama visible, por ejemplo, porque incluye a clérigos y laicos, e invisible, porque basa su vida y su fuerza sobre influencias y gracias ocultas a nuestros ojos, venidas del cielo. Dividirla en dos sería realmente como dividir una línea curva, diferenciándola, como suele decirse, en cóncava y convexa. Lo que es convexo visto desde el exterior, es cóncavo visto desde el interior... Hablando con propiedad el cuerpo entero es la única Iglesia, formado por todas las generaciones, aunque la Iglesia de nuestro tiempo sea una parte...y en el mundo futuro la Iglesia completa quedará reunida en la Unidad, dondequiera que vivan sus miembros....

Esta misteriosa unidad lo lleva a meditar en la Iglesia como “Comunión”, la koinonía, que es la óptica preferida de la eclesiología de Ratzinger también. Está en el sermón La comunión de los santos,¹⁹ que dice así: En este gran día [Pentecostés] en que conmemoramos la animación o vivificación de la Iglesia... es oportuno tratar sobre la naturaleza y atributos de la Iglesia, como se muestra en los elegidos: invisible, viva, una y espiritual, lo que también se llama doctrina de la Comunión de los Santos, entre sí y con la santa Trinidad en la que se produce la comunión. Y esto haré preferiblemente, pues la Comunión de los Santos es artículo del Credo.... Ayer, hoy y mañana se llama Iglesia al ministerio visible en la tierra, aunque esto no sea más que un fragmento de la verdadera Iglesia, la parte que se ve y que se puede designar, pareciéndosele [a la parte invisible] como imagen y figura, testimoniando en su favor y conduciendo hacia allá. Este cuerpo invisible es la verdadera Iglesia, ya que no cambia, aunque crezca sin cesar. Lo que posee lo conserva para no perderlo nunca, mientras que lo visible es fugaz y transitorio, y pasa sin cesar a lo invisible...

Luego aplica esta sacramentalidad: El ministerio y los sacramentos, la presencia real del obispo y del pueblo son para nosotros las llaves y los hechizos mágicos que nos dan acceso a la noble sociedad de los santos...Cuando se lleva a bautizar un niño, la Iglesia invisible lo reivindica como suyo...Cuando glorificamos a Dios en la Santa Comunión, lo glorificamos con los Ángeles y Arcángeles que son los guardianes de la ciudad de Dios, y con los santos que son sus habitantes. Cuando ofrecemos nuestro sacrificio de alabanzas y de acción de gracias [lenguaje anglicano para hablar de la Misa], o cuando consumimos los elementos sagrados que se ofrecen en él, comemos y bebemos solemnemente los poderes del mundo futuro. Cuando leemos los salmos, empleamos ante numerosos testigos las mismas pa-

17 PPP III, 19, El bautismo regenerador.

18 PPS III, 16., 1835.

19 PPS IV, 11, 1837

labras que sirvieron de sostén a estos mismos testigos durante su vida, desde hace un millar de años en el transcurso de su peregrinación hacia los cielos. Cuando recitamos el credo, no es por una opinión arbitraria y voluntaria, sino en la presencia de estos innumerables santos que recuerdan muy bien el sentido de las palabras y dan testimonio de él ante Dios... Cuando oramos no estamos solos. La Iglesia visible depende solo de la invisible... Y entonces viene una de esas expresiones originales de Newman: *El mundo invisible, mediante el poder secreto y la misericordia de Dios, irrumpe en este mundo, y la Iglesia es precisamente la parte en la cual irrumpe.*

Luego se refiere a los que aceptan sólo lo que ven, y juzgan según el mundo: *¿Seremos tan infieles como para suponer que la Iglesia es solamente lo que parece ser, una humana institución pobre, desamparada y despreciada, desdeñada por los ricos, saqueada por los violentos, juzgada con la mirada racionalista de los sofistas, patrocinada por los grandes, y no creer más bien que sirve en la presencia del Trono Eterno, rodeado por los “veinticuatro tronos”, donde están sentados “veinticuatro Ancianos con vestiduras blancas y coronas de oro sobre sus cabezas”?* (Apoc 4, 4). La conclusión nos consuela y nos anima: *Estos son pensamientos inspiradores para el cristiano solitario, desanimado, perseguido, difamado o despreciado, y le corresponden si por lo que hace se une a esa Comunión que profesa. Se une a la Iglesia de Dios, no quien solamente habla de ella o la defiende o la contempla, sino quien la ama. El que ama la invisible compañía de los creyentes es el que ama a los que son visibles.... Así como somos dignos de estar en comunión con los creyentes de todo tiempo y lugar, estemos en comunión debidamente con aquellos contemporáneos y vecinos nuestros.*

En fin, el itinerario de Newman hasta su conversión fue especialmente eclesiológico, es decir, un acercamiento progresivo hacia la verdad sobre la Iglesia y sobre la verdadera Iglesia. Abandonó el evangelismo y después el liberalismo, que ha-

blaban sólo de una “Iglesia espiritual”. Descubrió que nunca había sido revelada una religión puramente interior: *Hay una Iglesia visible, con sacramentos y ritos que son los canales de la gracia invisible*²⁰. Así se insertó en la tradición católica. Al mismo tiempo, esa teología respondía bien a la tendencia de someter la Iglesia al poder del Estado: *esta Iglesia visible depende sólo de la Iglesia invisible, no del poder civil, ni de príncipes, ni de ningún hijo de hombre, ni de sus talentos, ni de su número...* Era la visión del Movimiento de Oxford, que Newman lideraba.

Todo esto fue fruto de su lectura de los Santos Padres, que también habían sufrido la intromisión de un poder imperial. Pero, sobre todo, fueron la continuación más legítima de la Iglesia Apostólica, la tradición que había mantenido el contenido de la fe y la validez de los sacramentos. La antigüedad era la clave: la Iglesia Anglicana tenía que parecerse a la antigua Iglesia de los Padres. Esa era la reforma necesaria para su identidad. Sin embargo al estudiar aquellas controversias de los primeros siglos fue descubriendo a Roma y la catolicidad. Se encontró con una frase de San Agustín: *el orbe de la tierra juzga con seguridad*, contra los donatistas,²¹ es decir la “catolicidad” es criterio de verdad en la Iglesia. Encontró también que *Roma estaba ahora donde había estado entonces*. La Iglesia de los Padres no le hablaba sólo de antigüedad sino de catolicidad, la nota que la Iglesia anglicana no tenía. Entonces, estando ya en Littlemore, se puso a escribir el ensayo *Sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*: tenía que demostrar que las cosas que creía Roma no eran agregados a la fe de la Iglesia primitiva, sino un desarrollo homogéneo. Dice: *Si al terminarlo seguía tan convencido como al principio sobre la Iglesia de Roma, daría los pasos necesarios para ser admitido en su seno*. Dice al final del Ensayo: *de todos los sistemas actuales, la Iglesia romana de*

20 Apo 49.

21 Contra epistolam Parmeniani, 3,24 (CSEL 51, p.131,6),



Proclamación del dogma de la Infalibilidad pontificia durante una de las sesiones del Concilio Vaticano I (18 de julio de 1870).

hoy es la que, de hecho, se acerca más a la Iglesia de los Padres...Resucitad a San Atanasio o San Antonio, y sabréis bien a qué comunión irán derecho...esos Padres se encontrarían en su hogar en la casa de San Bernardo o de San Ignacio de Loyola, en la vivienda de un cura párroco de un aldea perdida, o en un convento de caridad, o en medio de una muchedumbre ignorante que ora ante el altar. Entre estos y los doctores o los miembros de cualquier otra Iglesia, no dudarían ni un solo instante. Newman no dudará en afirmar: *Los Padres me hicieron católico* (DIFF, Letter to Pusey, p. 24. 1864).

Comprendió incluso el papel del Papa y lo justificaba así: *Puesto que hay un Dios, la raza humana está envuelta en alguna tremenda calamidad original...Suponiendo que sea voluntad del Creador intervenir en los asuntos humanos y tomar prevenciones para mantener en el mundo un conocimiento de sí mismo tan definido y claro que esté a prueba contra la fuerza del escepticismo humano, nada hay que sorprenda mi espíritu en que Él tuviera por apropiado introducir en el mundo un poder dotado de infalibilidad en materias religiosas...*

Hablando de la conversión dice: *Cuando [el Señor] da la gracia a quienes están fuera de la Iglesia no es para mantenerlos fuera, sino para llevarlos dentro.*²² *La gracia nunca se nos concede para nuestra iluminación sin dárse nos así mismo para ser católicos.*²³

Los conversos nos interpelan a los que no hemos vivido ese desarrollo tan arduo sino que hemos nacido ya en la Iglesia Católica. Hoy hay conversiones masivas en el seno del anglicanismo. ¿Será posible que seamos menos fervientes servidores que ellos? Necesitamos una conversión constante a Cristo y a Su Iglesia. En los tiempos de prueba, como el nuestro, con más razón. Lo exige de modo urgente la situación misma que el papa Benedicto nos ha mostrado con su misma renuncia. Pidamos el valor que tuvo el beato Newman. Pidamos que nuestro cristianismo sea siempre un desarrollo fiel al origen, fiel a la Verdad.●—

22 Mix 7

23 Id, 195

Cuatro cartas de Newman con motivo de su nombramiento como “fellow” del Oriel College de Oxford

TRADUCCIÓN: LUISA ZORRAQUIN

Este acontecimiento ocurrido en 1822, cuando Newman tenía 21 años, lo considerará él mismo como un hito en su vida, un hecho providencial que lo ubicó en una posición de gran relevancia en el ámbito de Oxford, ya que el Oriel College era el más prestigioso en aquel momento, pero también providencial porque a partir de entonces comenzó de modo claro el gran itinerario que lo llevará a la conversión. Por supuesto, significó también la entrada en el ámbito de la educación, que no abandonará como católico, y que continuará hasta el fin de sus días.

Carta a John William Bowden (su mejor amigo de los días de estudiante y luego tractariano como él)

Viernes 12 de abril de 1822

Mi querido Bowden,

Acabo de ser nombrado Fellow del Oriel College -. Gracias a Dios.

Sinceramente tuyo,

John Henry Newman

Carta a su hermano Charles Robert Newman

Oriel College, Oxford, Abril 13, 1822

Ahora que la contienda y la labor han terminado, me permito expresar, que en el transcurso de los últimos dos meses, he estado lejos de tener una opinión mezquina sobre mi persona —de alguna manera es lo que mi madre ha imaginado que yo pensaba— por el contrario he sentido que se me brindaba una gran oportunidad de tener éxito en el examen que se aproximaba. En la carta que redacté hace unas seis semanas en lugar de escribir “Yo creo que no tengo ninguna oportunidad” simplemente transcribí la opinión de todos los demás.

Soy entonces fellow de Oriel, y, aunque no puedo en este momento definir las ventajas que vendrán, conozco lo suficiente como para decir con confianza y agradecimiento que he adquirido independendencia, competencia y sociedad literaria. No espero ningún emolumento inmediato pero he logrado un “encantamiento” que puede suministrarme todos los pupilos que desee.

No conozco a ningún fellow de Oriel; mi propio College [Trinity] estaba un tanto subvaluado; y la lista de los fellows de Oriel contiene los nombre de muchos hombres de [certificados de estudio] de primera clase, que están obligados a permanecer un segundo año, mientras que no hay [en Oriel] hombres que estén debajo de la línea.¹ Los exámenes comenzaron hace una semana (sábado) —nos encerraron más de ocho horas— el lunes más de nueve y el martes unas cuatro, y luego nos trajeron ante los fellows para el viva voce, prueba que continuó miércoles y jueves. En el transcurso de esos días tuvimos que escribir un ensayo en latín, traducir parte del Spectator, responder doce preguntas de Matemática y Filosofía y diez de Lógica; además reconstruir ante los Electores, pasajes de nueve autores latinos y griegos. Había diez candidatos y dos vacantes.

La prueba transcurrió en un clima amable y considerado, y fuimos provistos de sándwiches, fruta, torta, gelatinas y vino —mucho tiempo y un fuego vivaz.

Pienso que he sido inexpresablemente honrado por contarme entre hombres tan buenos, generosos, cándidos, moderados, instruidos y piado

¹ “Under-the-line men”: expression que alude a aquellos estudiantes que habían obtenido un certificado de tercera clase. Newman era uno de ellos. N del T.

sos, como se demuestra en cada acción del cuerpo de fellows de Oriel. ¡He aquí un panegírico para tí!

Ayer ocupé mi lugar en la Capilla, y cené con unos cuantos de ellos en la Sala Común. Hoy desayuné y cené allí y en el futuro lo haré constantemente.

Me senté junto a Keble ayer y, tal como había escuchado de él, parece más un estudiante de grado que el primer hombre de Oxford—tan afable y sencillo es su modo.

La confusión que [mi admisión] ha provocado en Oxford es muy considerable; y mis amigos en el Trinity [College] se regocijaron tan bondadosamente que no pudieron leer una sola línea en todo el día. Kinsey está en éxtasis y Ogle declara que no hay nada que le haya brindado tanta gratificación desde que arribó a su situación actual, difícil es saber si se refiere a su certificado de primera clase, su título de Doctor en Medicina, su convertirse en Tutor del Trinity o su matrimonio con la Sra. Ogle.

El último hombre de Trinity en entrar a Oriel ha sido el Dr. Mant hace unos catorce años.

He enviado cartas, además de las que mandé a casa, a Bowden, Thresher, al Dr. Nicholas y a Tía Newman.

Por lo tanto, no por mi brazo poderoso, sino por circunstancias que pesan tan poco como aquellas en las que perdí mi clase,² soy un fellow de Oriel. Espero no haber sido vanidoso en nada de lo que he dicho. Estoy atado a Oxford por un pupilo, de lo contrario me hubiera gustado mucho correrme hasta allí. No he ido aún al banco por el dinero, el cual debo agradecer a Papá.

Guarda esta carta ya que puedo llegar a querer referirme a ella. Ahora por cierto

No más calvario encadenado al remo literario

JHN

² Newman se refiere aquí a las penosas circunstancias (agotamiento) que lo hicieron fracasar al ser examinado unos dos años antes de esta carta y que le impidieron obtener un certificado de estudios de primera clase, debiendo contentarse con uno de tercera clase. N del T.

*Dos cartas dirigidas a su hermana Harriet Newman,
relatando sus experiencias como tutor en Oxford.*

Marzo 21, 1826

Estoy hasta el cuello con Apolonio³ y muy disgustado como puedes suponer. Debo enviarlo al comienzo de la semana que viene y tengo tres Sermones para escribir.

Me acabo de mudar de habitación en el College y mis libros están desordenados por toda la habitación. Estoy seguro de que un viaje de una semana a cualquier parte me haría bien. Me despedí ayer de Whately⁴ en términos muy afectuosos.

Me alegra mucho de que te gusten mis Sermones—estoy seguro que no necesito advertirte que no te fíes de todo lo que digo. No te sientas forzada por ninguna de mis opiniones. En ocasiones he debido cambiar de idea y puede ser que deba volver a cambiar una vez más. Me doy cuenta que sé muy poco de cualquier cosa, a pesar de que a menudo pienso que sé mucho.

Me espera un gran trabajo aquí en esto de la Tutoría. Confío en que Dios me de la gracia de realizarlo con el espíritu adecuado y de mantener firmemente en vista que, para siempre, me he apartado de todo para servirlo. Está latente el peligro de que el amor por las aficiones literarias asuma un lugar demasiado prominente en el pensamiento de un tutor del College o que visualice su situación meramente como un oficio secular, un medio de proveer a su futuro cuando deje el College.

JHN

Noviembre 23, 1828

Domingo por la tarde—los deberes del día se terminaron y estoy solo. Debido a que espero estemos asociados el uno al otro por lazos que no son de este mundo ¿acaso puedo elevar más íntegramente mi mente que escribiéndote? HOGAR me trae a la memoria demasiados eventos dolorosos como

3 El año anterior Newman había aceptado un encargo de la Encyclopaedia Metropolitana para escribir un artículo sobre Apolonio de Tiana, filósofo, geómetra y místico griego de la época Pitagórica. N.del T.

4 Se trata de Richard Whately, un senior fellow de Oriel de gran influencia en el joven Newman.

para inspirar un placer meramente terrenal. ¿Qué confianza puedo tener yo, o tú, o cualquiera de nosotros, de que continuaremos siendo bendecidos en nuestro amor mutuo, excepto en tanto somos miembros de Aquél cuya vida y regla pertenecen a otro mundo?

Estarás contenta de saber que estoy muy bien. Lo atribuyo a mi cabalgata matinal; la misma ha sido regular sin ninguna excepción al día de hoy. A las diez voy a los Colleges; salgo de allí a las cinco y media; vuelvo a casa y preparo mis clases desde la hora de la capilla hasta las 10 cuando voy a la cama. En mis dos días de descanso me dedico al trabajo de tesorero senior o junior, leo trabajos de los estudiantes y examino a mis pupilos. Mi ánimo es muy bueno, sino no podría hacer tanto.

Mi cabalgata por la mañana es generalmente solitaria; pero casi lo prefiero. Cuando ánimo es bueno, el espectáculo de la naturaleza inmóvil que brinda la campiña hace que todas las cosas se vean deliciosas. He aprendido a gustar de árboles moribundos, y praderas negras—los pantanos tienen su gracia y las neblinas su dulzura. Una voz solemne parece cantar en cada cosa. Conozco esa voz, es su querida voz.⁵ Casi todas las noches, cuando apago las luces y me acuesto, ella está ante mí. ¿No es esto una bendición? Lo que lamento es que pienso que ella nunca supo lo mucho que la amaba.

El querido Pusey ha sido nombrado oficialmente.⁶ Espero que no se sobrecargue de trabajo. Qué deseable es estar fuera del ajetreo y barullo de este mundo y no tener la responsabilidad y el peso del éxito. Ahora bien, si yo pudiera desear un programa, y en mis solitarias cabalgatas a veces lo hago, diría: ¡qué no daría por una pequeña cura⁷ de unos pocos cientos [de libras] por año y sin posibilidad de promoción!, pero ya sabes que eso es desear holgazanería y no creo que obtenga esta obscuridad sólo por desearla. Pero mira, hablo del confort de retirarme porque no estoy allí, --¿cuánto tiempo podría soportarlo si me lo concedieran? No me conozco.

JHN

5 Newman recuerda aquí a su hermana Mary, prematuramente fallecida.

6 Edward B. Pussey era también fellow de Oriel y más tarde será un importante Tractariano. Newman se refiere aquí al nombramiento de Pusey como Profesor de Hebreo de la cátedra Regius y como canónico de Christ Church. N. del T.

7 En la Iglesia de Inglaterra el término técnico de "cura" se refiere al beneficiario de un permiso del obispo diocesano para ejercer la "cura de almas" en alguna parroquia. Ello da lugar a un estipendio anual cuyo valor depende de donaciones de la comunidad o de algún mecenas en particular y está estipulado de antemano. N. del T.

La providencia de Dios

(Meditations on Christian Doctrine, XIX)

1. *Te adoro, Dios mío, por haber establecido los fines y los medios de todas las cosas que has creado. Tú has creado cada cosa para algún fin que le es propio, y la diriges hacia ese fin. El fin que señalaste en el principio para el hombre es que Te adore y Te sirva, y su propia felicidad el hacerlo; una bendita eternidad del alma y del cuerpo contigo para siempre. Tú has provisto para esto, y lo has hecho para cada hombre. Como Tu mano y Tu ojo están sobre las bestias creadas, así lo están sobre nosotros. Tu sustentas todas las cosas en la vida y en la acción en orden a su propio fin. Ni un solo reptil, ni un solo insecto, dejas de ver y hacerlo vivir mientras dura su tiempo. Ni un solo pecador, ni un solo idólatra, ni un solo blasfemo, ni un solo ateo vive sino por Ti, y para que pueda arrepentirse. Tú eres cuidadoso y tierno para con cada uno de los seres que has creado, como si fuera el único en todo el mundo. Porque puedes ver a cada uno de ellos a un mismo tiempo, y amas a cada uno en esta vida mortal, y sigues a cada uno por sí mismo, con toda la plenitud de Tus atributos, como si estuvieras esperando en él y atendiéndole por su propio bien. Dios mío, amo contemplarte, amo adorarte a Ti, el maravilloso hacedor de todas las cosas cada día en cada lugar.*

2. *Todos Tus actos de providencia son actos de amor. Si envías el mal sobre nosotros, es en el amor. Todos los males del mundo físico están previstos para el bien de Tus criaturas, o son los inevitables acompañantes que están al servicio de ese bien. Y Tú conviertes ese mal en bien. Visitas a los hombres con el mal para llevarlos al arrepentimiento, para hacer crecer su virtud, para obtenerles un bien mayor en el futuro. Nada es hecho en vano, sino que tiene su bondadoso fin. Tú castigas, pero en la ira recuerdas la misericordia. Aun cuando Tu justicia alcanza al pecador impenitente, que ha agotado Tus providencias amorosas hacia él, es misericordia para otros, para salvarlos de que los contamine, o para darles una advertencia. Reconozco con fe plena y firme, Señor, la sabiduría y la bondad de Tu Providencia, aún en Tus juicios inescrutables y Tus designios incomprensibles.*

3. *Dios mío, toda mi vida ha sido un camino de misericordias y bendiciones, manifestadas a uno que ha sido muy indigno de ellas. No necesito fe en cuanto a Tu providencia hacia mí, pues he tenido larga experiencia. Año tras año me has llevado, removiendo peligros en mi camino, recuperándome, restableciéndome, estimulándome, teniéndome paciencia, dirigiéndome, sustentándome. No me abandones cuando fallen mis fuerzas. Y nunca quieras abandonarme. Que pueda reposar seguramente en Ti. Pecador como soy, sin embargo, mientras sea fiel contigo, quieras Tú ser superabundantemente fiel conmigo, hasta el fin. Que pueda descansar en Tu brazo, que pueda ir a dormir en Tu seno. Dadme solamente, y haz crecer en mí, esa lealtad verdadera hacia Ti, que es el vínculo de la alianza entre Tú y yo, y la garantía en mi propio corazón y mi conciencia de que Tú, Supremo Dios, no me abandonarás a mí, el más miserable de Tus hijos.●—*

“Es necesario, o bien que cesemos completamente de creer en la Iglesia como una institución divina, o bien que la reconozcamos ahora en esa comunión de la cual el Papa es la cabeza. Solo con él y alrededor de él se encuentran las exigencias, las prerrogativas y las obligaciones que identificamos con el reino establecido por Cristo. Debemos tomar las cosas como son. Creer en la Iglesia es creer en el Papa”.

(Diff II, p 208, 1874)

ISSN 0327-5876



9 770327 587003